LA PLUMA PRODIGIOSA,

GRAN COMEDIA DE MAGIA

EN TRES ACTOS,

POR

Don Manuel Breton de los Herreros.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1841.

¡Cuál yerra y cómo se ofusca
quien tiene en su casa el bien,
y le mira con desden
y fuera de ella le busca!

Acto 3.°

Este comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

INTERLOCUTORES.

ELVIRA.	ABENJABUL.
GONZALO.	MARFILDA.
BUITRAGO.	UN CAUDILLO MORISCO.
ALDONZA.	VENUS.
EL CONDE.	UNA DAMA INDIANA.
BELTRAN.	UN DROMEDARIO.
UNA GITANA.	

Moriscos é indianos de ambos sexos, amorcillos, pájaros de bueno y mal agüero, espectros, gigantones, cuadrúpedos, etc. etc.

Jardin con arbustos, cenadores, &c., y en medio una fuente. Verja en el foro: campo á lo lejos.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO. BUITRAGO.

Gonzalo. Antes que Elvira despierte
partamos de aqui, Buitrago.
Buitrago. ¿Qué al fin la das ese trago?
Gonzalo. Echada está ya la suerte.
Buitrago. ¿Y ningun pesar te cuesta
abandonarla, traidor,
cuando fiada en tu amor

está durmiendo la siesta?

Gonzalo. Yo la amo, y dejarla siento;
pero mas fuerte pasion
halaga á mi corazon,
sojuzga mi pensamiento.

Buitrago. ¿Otra pasion? ¡Qué heregía,
cuando te adora la bella
y no hay zagala como ella
en la playa de Almería!
Que huyera yo de esa bruja,
de esa Aldonza fementida
que me ha de quitar la vida
Si antes Satan no la estruja,
tal cual; yo fundo mi queja,
que es cosa de echarse á un pozo
el desventurado mozo
á quien persigue una vieja;
mas tú, amado de una diosa
que por tí desprecia condes,
¿cómo tan mal correspondes
á su pasion amorosa?
¿Temes alguna venganza?

Gonzalo. Nunca ha temido este pecho.

Buitrago. Pues entonces ya sospecho
la causa de tu mudanza.
A tus ruegos, á tu afan
la niña se habrá rendido,
y ahora protesta el marido
las libranzas del galan.

Gonzalo. Sella la boca, insolente.
El honor de Elvira es muro
inexpugnable, y mas puro
que el manantial de esa fuente.

Buitrago. Pues si tanto es su atractivo,
si es de hermosura un portento...
Te he de decir lo que siento
aunque me desuelles vivo.—
¿Cómo tu crueldad olvida
que te dió piadoso asilo
cuando pendiente de un hilo
llegó á sus puertas tu vida?
Herido de un arcabuz

por mano de un salteador,
viste de noche, señor,
en cada trouco una luz.
Acude Elvira á tus ayes
como angel que baja al mundo,
y te encuentra moribundo
tendido en unos tarayes;
y en su casa te aposenta,
donde con pena te arrastro,
y su mano de alabastro
venda la herida sangrienta;
y como hermano de Elvira
en su casa convaleces,
que contra lenguas soeces
honra es tal vez la mentira;
y mientras en dulce calma
se va cerrando la herida,
á quien te vuelve la vida
roban tus ojos el alma;
¡y la abandonas, ingrato,
de la noche á la mañana!
Esa es partida serrana
y de clérigo mulato.

Gonzalo. ¿Cómo quieres que me cuadre
una muger que á esta fecha
aun no sabe ni sospecha
qué cristiano fue su padre?
Huérfana desde la cuna...

Buitrago. ¡Ba, ba! ¡Miren qué delito!
Hasta en ese requisito
te proteje la fortuna.
¿Qué marido no se alegra
de tener muger bonita
sin la secuela maldita
de cuñados y de suegra?
Si el demonio me engatusa
y á casarme me decido,
la muger de este marido
ha de salir de la inclusa.

Gonzalo. Si yo me alejo de Elvira
y de sus gracias me privo,
es de mi fuga el motivo

el mismo amor que me inspira?
que verla feliz deseo
cuanto es virtuosa y bella;
mas ¿qué puedo hacer por ella
sin patrimonio ni empleo?
Tal vez me abrirá la espada
de alta fortuna el camino,
y entonces, amante fino...

Buitrago. ¡Buena sopa de ensalada!
¿Y si antes nos hace trizas
la morisca cimitarra?
No se atan en la Alpujarra
los perros con longanizas.

Gonzalo. Tiembla la morisca gente
y se esconde entre las breñas
al descubrir las enseñas
de don Juan de Austria valiente
Ó de una en otra victoria
seguiré yo su fortuna,
ó si perezco en alguna
moriré al menos con gloria.

Buitrago. Ganarás una bengala
por premio de tus afanes,
aunque es mas facil que ganes
el obsequio de una bala;
y entonces ese portento
ya alternará con las viejas;
y tú, que pobre la dejas,
¿la buscarás opulento?

Gonzalo. Ya me cansa tu porfia.
No sé qué haré, ni qué pienso,
pero un porvenir inmenso
deleita á mi fantasía.
Cuanto el Oriente atesora,
cuanto abarca el ancho mar
es poco para saciar
la ambicion que me devora.
Con mil ensueños me halago
durante la noche fria,
y al despertar con el dia
sueño sin dormir, Buitrago;
y pues asi me alboroza

grata ilusion de contino,
tal vez me guarda el destino...

Buitrago. Una jaula en Zaragoza.

Gonzalo. Todo puede ser. Confieso
que algunas veces me rio
de mi propio, y desconfio
de tener cabal el seso.

Buitrago. No es malo que tu locura
tome tan lindo barniz,
que al menos eres feliz
todo el tiempo que te dura.
¡Pobre de mí que no acierto
á soñar cosa de gusto!
Ya con un mónstruo me asusto,
ya se me aparece un muerto,
ya me caigo de una torre
hasta el foso mas profundo,
y se rie todo el mundo,
y ninguno me socorre;
ó temiendo que una onza
me haga en sus uñas pedazos,
huyo... ¡y me encuentro en los brazos
de la aborrecida Aldonza!
Que esa Aldonza, don Gonzalo,—
¡me lo han dicho en la taberna!,—
esa dueña sempiterna
es sin duda mi angel malo.
Nada el cielo me presagia
que no sea desastroso.—
Yo nací para gracioso
de una comedia de magia.

Gonzalo. En fin, ¿me sigues, ó no?

Buitrago. Sí. Por huir de sus garras,
no digo á las Alpujarras,
al infierno iria yo.

Gonzalo. (*Sacando una carta y poniéndola sobre el pilon de la fuente.*)
Esta carta dejo aquí
dándola mi adios postrero.

Buitrago. ¿Hiciera mas un arriero?

Gonzalo. Alguien entra por allí.

ESCENA II.

DICHOS. LA GITANA.

Gitana. Alabado sea Dios.
Buitrago. (*Aparte á su amo.*)
Al primer tapon, zurrapas.
No me anuncia nada bueno
el gesto de esa gitana.
Gitana. Galan mio, ojos de amor,
¿sois el amo de esta casa?
Gonzalo. ¿Qué quereis?
Gitana. Tengo á mi niño
con calentura en la cama,
y en este ameno jardin
se cria, señor, la planta
que ha de curarle. ¿Permite
usarcé que entre á buscarla?
Gonzalo. Con mucho gusto.
Buitrago. (*En voz baja á su amo.*)
¡Adios, fruta!
No queda un nispero...
Gonzalo. ¡Calla!—
Madre mia, ¿entiende usted
de medicina?
Gitana. Una miaja.—
Y tal vez hago cordiales
que curan males del alma.
Buitrago. (*Como antes.*) Será de la orden tercera.
Gonzalo. Y tambien tendreis la gracia
de presagiar lo futuro.
Gitana. Privilegio es de mi raza.
Gonzalo. ¿Quereis decirme la buena
ventura?
Gitana. ¿Y si fuese mala?
Gonzalo. No importa. Quiero saber
lo que el destino me guarda.
Gitana. ¿A ver? Venga acá esa mano,
y estudiaremos las rayas.
(*Le toma la mano y se la examina.*)
Mucho intringulis es este,

y no acierta mi ignorancia
á descifrarle. Con todo,
para que usarcé no vaya
descontento, le diré
que han de envidiar los monarcas
su poder.

Gonzalo. (*Aparte con Buitrago.*) No te lo dije?

Buitrago. Miente como una bellaca.

Gitana. Con ardimiento bizarro
quereis salir á campaña.

Gonzalo. ¿Qué oigo!

Gitana. Y buscais la fortuna
bajo el escudo del Austria.

Gonzalo. ¿Quién te dice lo que pienso,
diablo, muger ó fantasma?

Buitrago. Ó nos ha estado escuchando,
ó es un demonio con faldas.

Gitana. Pero errais la vocacion,
porque este signo declara
que debereis á la pluma
lo que pedis á la espada.

Buitrago. ¡A la pluma, y no la tomas
para escribir una carta,
y al primer año de leyes
dejaste las hopalandas,
y nunca coges un libro,
a escepcion de la baraja,
ó le abres para dormirte
sobre la segunda página!
¿Hay muger mas embustera?
Envíala noramala.

Gonzalo. ¿Qué sabemos...
(*A la Gitana.*)
¿Nada mas
me dices?

Gitana. En la Alpujarra
sabrás lo que callo ahora.

Gonzalo. ¿Volveré á verte, gitana?

Gitana. Tal vez.

Gonzalo. (Cuanto mas la escucho
mas me confunde y me pasma.)

Gitana. (*A Buitrago.*) Y tú, ¿no quieres saber

tu horóscopo, buena maula?

Buitrago. ¿Oros y copas? No envido,
que enfullarás la baraja.

Gitana. Le has de oir, aunque te pese.—
En vano vuelves la espalda
á tu enamorada Aldonza.
¿No quieres caldo? Pues taza
y media.

Buitrago. Dios la maldiga,
y no se olvide de tu alma
Satanás.

Gitana. ¡Sus, don Gonzalo!
Emprended vuestra jornada;
volad, no despierte Elvira
y os corte su amor las alas.

Gonzalo. Sí; yo acepto tu presagio.
Secreto impulso me arrastra
lejos de aqui.—¡Adios, Elvira!
¡Sé dichosa!

Buitrago. ¡Sí; que te haga
buen provecho, dijo el otro,
ese cacho de naranja,
y era un guijarro!

Gonzalo. ¡Ea, vamos!

Gitana. (*Acariciando á Buitrago.*)
¡Adios, hermoso!

Buitrago. ¡Hum!... ¡Tarasca!

ESCENA III.

LA GITANA.

Fatídico nigromante
que mi incorpórea sustancia
para ignorados designios
revístes de forma humana,
poderoso Abenjabul,
de quien soy humilde esclava,
cuando los últimos rayos
del sol que dora la playa
se escondan y grazne el buho
en su peña solitaria,

acabaré de cumplir
tus órdenes soberanas.

(*Abrese un rosal y por medio de él desaparece la gitana.*)

ESCENA IV.

ELVIRA. ALDONZA.

Elvira. ¡Gonzalo!—No me responde.
Aldonza. ¡Buitraguito!—¿Dónde estás?
Elvira. Mucho hemos dormido, Aldonza.
Aldonza. Habrán ido á pasear.
No tengas cuidado, niña,
que Gonzalo es muy galan,
y ausente del bien que adora
mucho tiempo no estará.
¡Feliz yo si su escudero
le imitase! Pero ¡ay!
ese pícaro Buitrago
tiene alma de pedernal.—
¿Qué tienes tú, criatura,
que tan pensativa estás?
Elvira. No sé. Turba mi sosiego
presentimiento fatal.
Aldonza mia, en los hombres
hay muy poco que fiar.
Gonzalo debe la vida
á mi cariñoso afan;
Gonzalo sabe que le amo
como no ha amado jamás
muger alguna; y, no obstante,
temo que el viento fugaz
con mis suspiros se lleve
las palabras que me da.
Aldonza. Son infundados temores.
¿Cuándo ha mostrado señal
del desvío que recelas?
Elvira. Me jura amor, es verdad;
pero con hondos suspiros
me revela á su pesar
que hay un vacío en su pecho,

y yo no podré jamás
llenarle.

Aldonza. Y ese vacío
es facil adivinar
cuál sea. Ya no le basta
el amor sentimental.
Querer por solo querer
es como fruta en agraz,
que si el arbol embellece
no recrea el paladar.
Codicia la posesion
de tu divina beldad,
y suspira..., como tú,
por el lazo conyugal.

Elvira. ¡Cómo te engañas, Aldonza!
Sabe, pues ya á tu amistad
no puedo ocultarlo, sabe
que hoy al pie de ese arrayan
con escusas mal fraguadas
procuraba retardar
el momento suspirado
de la bendicion nupcial.
Tú no ignoras que ese conde
que reside en la ciudad
inmediata solicita
lo que él desdeña quizá;
¿y le has visto por ventura
mostrar sañuda la faz,
ni temer que mis favores
coronen á su rival?
Amor á prueba de celos
es amor muy singular.
¡Ni aun merezco que los finja
siquiera por vanidad!

Aldonza. ¿Posible es que te aborrezca
quien te debe tanto? ¡Ba!
No creo...

Elvira. ¡Pluguiera á Dios
no fuese mayor mi mal!
El odio de los amantes
puede en halagüeña paz
tornarse: el aborrecer

es sentir como el amar,
y alma que sabe sentir
alguna esperanza da;
mas de alma que nada siente
¡ay! ¿qué puedo yo esperar?

Aldonza. Bien; pero ¿habrás de morirte
por eso? ¡Qué necedad
fuera la tuya teniendo
á mano el remedio...

Elvira. ¿Cuál?

Aldonza. Otro al puesto. Sé condesa,
y envia á ese perillan
noramala.

Elvira. ¡Ah! No lo digas.
No es mi corazon capaz
de tanta infamia.

Aldonza. El infame
es Gonzalo ¡pese á tal!;
ese fementido huésped
que no tiene ley al pan
que ha comido.

Elvira. ¡Ay! aunque fuera
el hombre mas criminal
de la tierra, ni en la tumba
le podria yo olvidar.
En hora infausta nacida,
y entregada en mi horfandad
á tu celo cariñoso,
¡nunca en plácido solaz
volé con risa inocente
al regazo maternal!

Aldonza. Cierto. Yo misma al tomarte,
siendo muy tierna tu edad,
en mis brazos, solo supe
que eras hija natural
de un ilustre caballero,
que no quisieron nombrar,
y que tu madre infeliz
murió en triste soledad
antes que su amor funesto
legitimase el altar.
Me daban para cuidarte

cada año una cantidad
decente, mas ya han pasado
cinco y ni un cuarto me dan.
Merced á mi economía
no hemos perecido ya.
Pero llevas un retrato
pendiente de ese collar,
que es sin duda el de tu padre,
y el cielo un dia querrá
que por él le reconozcas
si Diòs le llega á tocar
en el corazon.

Elvira. ¡Ah, no!
que con bárbara crueldad
me ha condenado al olvido,
¡ó en la mansion eternal
descansa! ¿Y es maravilla
que quien nació para amar,
y ni aun sintió los halagos
de la ternura filial,
todo el corazon entregue
á quien le hizo palpitar
por la vez primera?

Aldonza. ¡Ay cielo!
Tambien el mio, á pesar
de cincuenta y dos diciembres,
está haciendo tipi-tap,
¡y el objeto de mis ansias
es un pícaro holgazan
que no vale ni el ducado
que costó de bautizar!
¡Y el tuno se hace de pencas!
¡Y yo dale que le das!...
Necia soy en pretender
que tú apagues el volcan
de tu pecho, cuando el mio
está hirviendo en aguarrás.

Elvira. Siento pasos. Mi Gonzalo
sin duda...

Aldonza. No. Es su rival.

ESCENA V.

DICHAS. EL CONDE.

Conde. Perdonad, hermosa Elvira,
si con mi presencia turbo
vuestra grata soledad,
y culpad solo al influjo
de esos ojos si os parezco
á mi pesar importuno.

Elvira. Antes debiera culparme,
señor conde, de mi injusto
desvío, que vuestras prendas
merecen mas alto triunfo.
Llamárame yo feliz
si la amistad que os tributo
bastara á satisfaceros;
mas si otro afecto no os cupo
en mi corazon, creed
que no es obra del orgullo,
sino ley de mi destino,
á cuyo imperio sucumbo.

Conde. Si hasta en el mismo desden
que mi alma cubre de luto
sois tan amable, señora,
¿resistir podré al impulso
de mi pasion, y estinguir
la llama en que me consumo?
Pero esta llama es tan pura
como el ser que la produjo,
y ninguna accion villana
la deshonrará: os lo juro.—
¡Necio y mísero de mí,
que halagado por el humo
de una esperanza risueña
volvia á veros...

Elvira. ¿Qué escucho!

Conde. ¿Cuándo no ha sido el amor
temerario en sus discursos?
Yo creí que ese Gonzalo

era vuestro amante oculto
con nombre de hermano...

Elvira. ¿Cómo!...

Conde. Pero no ha durado mucho
mi error.

Elvira. ¿Qué decís!

Conde. Le pido
vuestra mano, y cuando juzgo
que enfurecido rival
va á replicar con insultos
á mi ruego, alta merced,
responde Gonzalo, y sumo
favor nos haceis á entrambos,
ilustre conde.

Elvira. (¡Perjuro!)

Conde. Feliz mi hermana será...

Elvira. Perdonad si os interrumpo.
Yo no vendo mi albedrío
á Gonzalo ni á ninguno.

Conde. Ni pudiera ser comprado
con todo el oro del mundo;
lo sé; ni quiero deber
á mandatos que repugno
mi dicha; mas su deseo....

Elvira. (Necia, ¿por qué no le cumplo!)

Conde. ¿Qué decís...

Elvira. Que yo debiera
unir mi deseo al suyo;
que grabo en mi corazon
con caracteres profundos
el cariñoso desvelo...
Pero mi rostro confuso
enciende el rubor. Quisiera...
Perdonad. No me aventuro
á responderos... Gonzalo
os dirá....

Conde. Veo que abuso
de vuestra bondad, señora.
Dadme licencia. El anuncio
voy á esperar resignado
de mi gloria ó mi infortunio;
y sea adverso ó propicio

vuestro fallo, os lo aseguro,
con la hacienda y con la vida
seré vuestro hasta el sepulcro.

ESCENA VI.

ELVIRA, ALDONZA.

(*Empieza á anochecer.*)

Elvira. ¡Salid, lágrimas, salid!
No detenga vuestro curso
la vergüenza. ¡Ay desdichada!
Aldonza. ¿Habria de ser tan zurdo
el proceder de Gonzalo?
Los celos son muy astutos,
y habrán sugerido al conde
ese mentiron absurdo,
que tambien los condes mienten
como los hombres del vulgo.
Elvira. ¡Ah! no. La verdad me ha dicho.
¡No en vano el cruel perjurio
mi corazon presagiaba!
Aldonza. Para mayor disimulo
habrá usado de ese ardid
Gonzalo; mas yo presumo...
Elvira. ¡Tercero de su rival
un amante!
Aldonza. Pero es duro
condenarle sin oirle,
y lo que merece el último
de los reos no se niega
á un amante. ¡A buen seguro
que semejante crueldad
autorice el fuero-juzgo!
Oyele primero...
Elvira. ¡Oirle!
¿Y dónde está, que le busco
y no le veo? La noche
ya tiende su manto oscuro,
¡y no viene!—¡Ay Dios! ¿Qué veo!
Un papel.

(Toma la carta que dejó Gonzalo.)
¡Es de su puño
la letra! Temblando estoy.
(Lee para sí.)

Aldonza. (Ahora sí que yo barrunto
alguna...)

Elvira. ¡Virgen divina!
(Vuelve á leer muy azorada.)

Aldonza. ¡Niña! ¿Qué tienes? Convulsos
sus miembros...

Elvira. *(Dejando caer la carta, que recoge Aldonza.)*
¡Traidor! ¡Ingrato!
(Se desmaya en los brazos de Aldonza.)

Aldonza. ¡Válgame Dios trino y uno!
Se ha desmayado. ¡Socorro!—
Esta carta... *(Leyendo.)* «Ocho de junio...»

ESCENA VII.

ALDONZA. BELTRAN. ELVIRA, *desmayada.*

Beltran. El señor conde...

Aldonza. Ha salido...

Beltran. Habrá tomado otro rumbo.—
Mas ¿qué desgracia...

Aldonza. Ayudadme...

Beltran. No puedo... Traigo un asunto...

Aldonza. Un momento, mientras pido
vinagre... Tomad...
(Deja á Elvira en manos de Beltran.)
Me aturdo...
(Leyendo.)
«¡Adios para siempre!»—Vuelvo...—
(¡Huyó! ¡Qué impío! Y el tuno
de Buitrago...) Sostenedla.—
¡Colasa!—No me oyen.—¡Nuño!
(Vase corriendo.)

ESCENA VIII.

BELTRAN. ELVIRA, *desmayada.*

Beltran. Si es dama del señorito,
¡por Dios que tiene buen gusto!
Ella puede consolarle
del inesperado luto
que la muerte de su padre...
(*Mirando el retrato que lleva Elvira pendiente de un collar, y se le ha salido del pecho.*)
Mas ¿qué veo! Este dibujo...
¡Su retrato!... Y en el mismo
collar... Solo estoy. Es hurto
que ha de agradecerme el conde...
(*Quítala el collar y le guarda.*)

ESCENA IX.

DICHOS. LA GITANA.

(*Aparece la gitana por el mismo rosal que la ocultó.*)

Gitana. Buen viejo, ¿es cuerpo difunto
el que en vuestros brazos...
Beltran. No,
que siento latir su pulso;
y pues venis tan á tiempo,
tomad. Yo vuelo á los muros
de Almería... Adios.—¡Albricias!

ESCENA X.

LA GITANA. ELVIRA, *desmayada.*

(*Es ya de noche enteramente.*)

Gitana. Llegó el momento oportuno.
Ministros de Abenjabul,
obedeced mi conjuro.

(De entre los arbustos, cenadores y demas adornos del jardin, que de improviso y simultáneamente se abren ó desgajan, aparece una multitud de moriscos armados, y algunos de ellos con antorchas encendidas.)

ESCENA XI.

DICHAS. ALDONZA. MORISCOS.

(Llega Aldonza con una redomita en la mano.)

Aldonza. ¿Qué es esto! ¡Traicion! ¡Socorro!
Gitana. ¡Calla!
(Algunos moriscos amenazan á Aldonza con los alfanges.)
Aldonza. Sí; seré de estuco;
seré de mármol...
(Sobresaltada deja caer la redoma, la cual se rompe dando un fuerte estallido.)
¡Ay!—¡Huy!
No ganamos para sustos.—
¿Mas qué pretendeis hacer
con mi Elvira, mamelucos?
Gitana. Ahora lo verás.—Llevadla
adonde el mago dispuso.
(La fuente se transforma en un primoroso palanquin oriental: dos moriscos colocan dentro de él á Elvira, que no ha vuelto de su desmayo: otros ponen sobre sus hombros las andas y se disponen á marchar.)
Aldonza. ¡Ay Virgen santa, que estoy
entre una legion de brujos!—
¿Yo tambien he de viajar?
Gitana. Sí.
Aldonza. Pues colocad mi bulto
en esa silla de manos.
Gitana. No es para tí tanto lujo.
Aldonza. ¿Pues quereis que vaya á pie?
Caballera sobre un burro
siquiera...
Gitana. Cabalgarás
sobre el mas alto cuadrúpedo
que ha producido la tierra

desde el tiempo del diluvio.

Aldonza. ¡Ay, qué miedo! ¿Y mi pudor?
¿Y si caigo y me desnuco?
No. ¡Jamás! ¡Jamás! Huyamos...

(*Corre desatentada sin hallar camino para huir: los moriscos la persiguen.*)

Gitana. Huyes en vano el impulso
con que te aferra en su trompa
ese elefante robusto.

(*Aparece un elefante que ase con la trompa y levanta en alto á Aldonza, la cual da gritos desaforados. Música oriental y marcha de los moriscos; unos llevando el palanquin, otros escoltándole. El elefante con su presa se aleja por otro lado.*)

Gitana. ¡Marchad!—¡Oh tierra!, á mi espíritu
abre tu seno profundo.
(*Húndese.*)

El teatro representa el interior de una mezquita.

ESCENA XII.

MUGERES, NIÑOS *y* ANCIANOS *del pueblo morisco.*

(*Salen los moriscos y colocados en diferentes grupos cantan el siguiente himno.*)

Coro.

Defienda al creyente
tu adarga potente,
¡profeta de Alá!,
y el fiero cristiano
bajo el muro que asalta inhumano
caerá, morirá.

Un anciano.

Abrevia, oh muerte, tu plazo,
pues ya es inútil mi brazo.

No vean mis ojos triunfar otra vez
la castellana altivez.

¡Feliz quien matando muere,
que fama inmortal adquiere!
¡Infausto el que yace sin honra y sin prez
helado por la vejez!

Coro.

Defienda al creyente
tu adarga potente,
¡profeta de Alá!,
y el fiero cristiano
bajo el muro que asalta inhumano
caerá, morirá.

Una madre.

De la vida en los albores,
¡oh fruto de mis amores!,
tambien te amenaza con saña cruel
el verdugo de Ismael.

Ven á mi seno, hijo mio,
y antes que te hiera impio
el bárbaro acero del bárbaro infiel,
¡vierta mi sangre con él!

Coro.

Defienda al creyente
tu adarga potente,
¡profeta de Alá!,
y el fiero cristiano
bajo el muro que asalta inhumano
caerá, morirá.

Una doncella.

Hermosa naci en mal hora,
y el caudillo que me adora
en vano me llama la perla y la flor
de la sierra de Gador,

Si el destino me reserva

á ser miserable sierva
y rasga mi velo y ultraja mi honor
el cristiano vencedor.

Coro.

Defienda al creyente
tu adarga potente,
¡profeta de Alá!,
y el fiero cristiano
bajo el muro que asalta inhumano
caerá, morirá.

ESCENA XIII.

DICHOS. GONZALO *atado entre soldados moriscos.*

Un caudillo. Ancianos, mugeres, niños,
cese ya vuestra zozobra
y las fúnebres plegarias
himnos sean de victoria.
Confiado el enemigo
en su hueste numerosa,
y abierta en el alto muro
al impulso de la pólvora
larga brecha, denodado
al árduo asalto se arroja.
Simulando torpe fuga
da la espalda nuestra tropa,
y cuando ya el castellano
como vencedor se aloja
en las calles de la villa,
le persiguen y le cortan
en ordenado tumulto
los soldados de Mahoma.
De azoteas y balcones
llueven maderos, baldosas,
cuanto halla á mano el furor
que tanta audacia provoca.
¡Feliz el que osa avanzar,
que al menos muere con honra!
Asi cayeron Meneses,
Zúñiga, Porcel, Cardona

y otros mil. De los restantes,
contados son los que tornan
á sus reales. Ni al vencido
nuestra indignacion perdona.
Este solo prisionero
en la sangrienta derrota
hemos querido salvar,
para hacer mas afrentosa
su muerte; que temerario
abrió la tumba á Abenójar,
nuestro valeroso emir.
Toda la sierra le llora,
y para aplacar sus manes
leve suplicio es la horca.

Gonzalo. Peleando le maté;
no cual vosotros ahora
quereis hacerlo conmigo:
mas no manchará mi boca
cobarde ruego, y si aleve
vuestra saña asi me inmola,
canalla infame, no mia;
vuestra será la deshonra.

Soldados. ¡Muera!...

Caudillo. Tened los aceros,
y llevadle á una mazmorra
mientras se eleva el cadalso
donde sea escarnio y mofa
á la villa de Galera.

ESCENA XIV.

DICHOS. ABENJABUL.

Abenjabul. ¡Al arma! ¡Al arma! Las ordas
enemigas otra vez
á nuestros muros se agolpan.
(*Cañonazos dentro.*)
¿Oís? Ya truena el cañon
que nuestros muros desploma.

Soldados. ¡Al castillo!—¡A la trinchera!

Abenjabul. Confiad á mi custodia

ese cautivo y ¡volad!
(*Vanse los soldados.*)
Tristes viejos, y vosotras,
otra vez á Alá supremo
demandad misericordia
en la mezquita mayor.
Quizá vuestras preces oiga
y aleje el estrago horrible
que amaga á la gente mora.—
Cristiano, sígueme tú.

Gonzalo. Guia. ¿Son estas las glorias
que esperé? ¡Morir colgado
en honra y prez de Mahoma!
Mas quien fia de gitanos
merece bien una soga.)

(*Vase siguiendo á Abenjabul. Las mugeres, niños y ancianos se retiran por otro lado repitiendo el coro de la escena duodécima.*)

ESCENA XV.

El teatro representa una gruta de peña viva con varios peñascos sueltos, y sobre uno de ellos una arca de marfil. Descienden por la derecha del actor

GONZALO. ABENJABUL.

Gonzalo. Moro, el de la luenga barba,
alcaide, ulema, alfaquí,
ó lo que seas, ¿adónde
por senderos de perdiz
me llevas?

Abenjabul. (*Desatándole.*) Adonde libres
de esta ligadura vil
tus manos, veas cumplido
el pronóstico feliz
que te hizo no ha mucho cierta
gitana en cierto jardin.

Gonzalo. ¿Qué escucho! ¿Es sueño?—¿Quién eres?

Abenjabul. Abenjabul, Ben-Alí,
el mago de la Alpujarra,
con quien seria Merlin
niño de teta, y el mismo
Zoroastro un aprendiz.

Gonzalo. ¡Pardiez! buen humor gastais
los diablos de este pais.

Abenjabul. Somos diablos andaluces:
no lo estrañes.

Gonzalo. Pero, en fin,
¿qué me quieres?

Abenjabul. Entregarte,
porque lo decreta asi
el destino, de quien soy
una especie de alguacil,
el talisman prodigioso
que reserva para tí.

Gonzalo. Si me ha de costar el alma...

Abenjabul. No vendo á precio tan ruin
mis favores.

Gonzalo. ¡Estimando!

Abenjabul. Descienden de mil en mil
las almas al hondo infierno,
y tantas sobran allí,
que por una mas no diera
Luzbel seis maravedis.

Gonzalo. ¿Luego me proteje gratis?

Abenjabul. Sí, y no.

Gonzalo. ¿Cómo no y sí?
¿Qué quieres decir con eso?

Abenjabul. Con eso quiero decir
que conservarás tu libre
albedrío.

Gonzalo. Pero...

Abenjabul. ¡Chit!
Basta de conversacion.
El talisman está allí.
(*Mostrando el arca.*)
¿Aceptas?

Gonzalo. Sí.

Abenjabul. En esa peña
hay un arca de marfil.

Saca lo que hallares dentro.

Gonzalo. Voy... Mas ¿cómo la he de abrir?
¿Tienes llave...

Abenjabul. Estornudando
la abriré yo desde aqui.
(*Estornuda y se abre el arca.*)
¡Achum!

Gonzalo. ¡*Dominus*... ¡Se abrió!

Abenjabul. ¡Es alhaja mi nariz!—
Hé allí tu suerte. Ahora ya
no necesitas de mí.

(*Se abre una peña y oculta á Abenjabul mientras Gonzalo saca del arca un pergamino y una pluma.*)

ESCENA XVI.

GONZALO.

Un pergamino; una pluma
de lindo y vario matiz...
¡Y yo esperaba encontrar
las minas del Potosí!
(*Volviendo á la escena.*)
¡Buen hallazgo como hay Dios!
El mago de barba gris
me ha burlado.—¡Abenjabul!
Ya no le veo. ¡*Sparí!*—
¿Qué hago yo con esta pluma?
Aun si fuera de rubís...
Mas la gitana me dijo,
que bien lo recuerdo, sí:
"á la pluma debereis
lo que á la espada pedís."
Si la que tengo en la mano
es mi talisman, el *quid*
está en saber de qué modo
su magia me ha de servir.
Acaso este pergamino
lo dirá.
(*Despues de recorrerle con la vista.*)
Pero —¡infeliz!—,

ni entiendo estos garrapatos,
ni sé si estan en latin
ó en caldeo.—Facilmente
los pudiera traducir
si tener pluma bastase
donde no ayuda el magin.
Hágote papel de Holanda,
diria á esta peña....

(*Figura que escribe en una peña, y van apareciendo letras trasparentes hasta formar los versos que leerá despues Gonzalo.*)

y zis,
zas... ¿Qué veo! ¡Oh maravilla!
Letras de hermoso perfil
va produciendo mi pluma.—
Prosigamos. Zis, zas, pif,
paf, pirri, chirri, charri...
Punto. Leeré. Dice asi:
SI QUIERES VER CUMPLIDO TU DESEO,
EN EL AIRE LO ESCRIBES Y LAUS DEO.

ESCENA XVII.

GONZALO. LA GITANA.

(*Sale la gitana del fondo del arca, que de improviso se convierte en un sillon y la sirve de asiento.*)

Gitana. Mas mire bien tu mano lo que escribe,
que quien la pluma mágica te dió,
tres deseos, Gonzalo, te prohibe.
Gonzalo. ¡Ah! ¿Y cuáles? ¡Por piedad, dímelos...
Gitana. ¡No!
(*Desaparecen la gitana y la inscripcion.*)

ESCENA XVIII.

GONZALO.

¡Feliz viaje!—Donde tantos
mi destino va á cumplir,

tres deseos mas ó menos
¿qué me han de importar á mí?

(*De aquí en adelante, cuando esprese Gonzalo algun deseo, figurará escribirle en el aire con la pluma mágica.*)

Ya el pergamino es inútil.
Llévelo el viento sutil.
(*Vuela el pergamino.*)
Bien.—Ahora, ante todas cosas,
me hace falta el galopin
de Buitrago. Se escondió
cuando emprendimos la lid
contra el fuerte de Galera,
que es cobardon baladí,
y tal vez no haya parado
de correr hasta Guadix.—
Pero, esté donde estuviere,
que venga Buitrago aqui.

(*Asoma por un bastidor Buitrago montado en un dromedario, que le conduce hasta el medio del tablado.*)

ESCENA XIX.

GONZALO. BUITRAGO. EL DROMEDARIO.

Buitrago. ¡Tente, animal temerario!
No trotes, que me derriengo.
Gonzalo. Lindamente. Aqui le tengo
montado en un dromedario.
¡Buitrago!
Buitrago. ¡Gonzalo mio!
Gonzalo. En brava bestia cabalgas.
Buitrago. Sí; ¡que lo digan mis nalgas!
¡Pese al alma de un judio!...
Gonzalo. (*Ayudándole á bajar.*)
Ya entre mis brazos te apeo.
Buitrago. Muchas gracias. ¿Mas qué brujo
de esta manera me trujo?
Gonzalo. Mi cariño y mi deseo.
Pídeme albricias, Buitrago.
Ya cumplió su profecía

la gitana de Almería.
Soy nigromante; soy mago.

Buitrago. (*Bajando la voz.*)
Si es caso de inquisicion,
puede sernos muy fatal
que se entere ese animal
de nuestra conversacion.

Dromedario. Hable y no tenga pavura,
que yo de eso no me espanto.

Buitrago. ¡Ay! ¿Qué es esto, cielo santo!
¡Habló la cabalgadura!

Gonzalo. No lo estrañes ni te azores,
que en España como en Francia
hoy dia hay grande abundancia
de animales habladores.

Buitrago. Tienes razon, pese á tal;
pero en mónstruo tan atroz
me maravilla esa voz
de tiple de catedral.

Gonzalo. Habló como otro cualquiera;
no te debe eso admirar;
mas cuando le oigas tronar...

Buitrago. ¿Sí? ¿Cómo...

Gonzalo. De esta manera.

(*Figura escribir una palabra, y vase el dromedario despidiendo truenos por la boca y por el estremo opuesto.*)

Buitrago. ¡Válganme todos los santos
de la corte celestial:
san Antonio, san Pascual,
san Gil..., san... qué sé yo cuántos!

ESCENA XX.

GONZALO. BUITRAGO.

Gonzalo. De poco te maravillas.
Solo con mover la mano
haré que al sol meridiano
bailen las siete cabrillas;
las playas de Veracruz
haré trasladar á Loja,

y puedo si se me antoja
convertirte en avestruz.

Buitrago. Escúsame esa merced.

Gonzalo. Pues pideme lo que quieras.

Buitrago. Por ahora, si me dieras
agua... Me abraso de sed.

Gonzalo. La gracia es harto pequeña,
pero no quiero que estés
sediento. Nuevo Moisés,
haré fuente de una peña.

(*Toca con la pluma en una peña y aparece un rosal, del cual sale un caño de agua que cae sobre una concha.*)

Buitrago. ¡Oh, qué agua de bendicion!
Una perla es cada gota.
De un rosal hermoso brota,
y una concha es el pilon.

Gonzalo. Puedes beber sin reparo.

Buitrago. Sí haré. (*Bebe del caño.*)
¡Cómo refrigera!
Mas me agrada que si fuera
manzanilla de lo caro.
(*Cesa de manar la fuente.*)

Gonzalo. Si le quieres, no le ahorro
para tí. Torna á la fuente.

Buitrago. ¿Sí? No tengo inconveniente.
Voy...

(*Se acerca al rosal, y éste se convierte en una ventana, por la cual asoma Aldonza echando á Buitrago una bocanada de agua en el rostro.*)

¡Jesucristo, qué chorro!

ESCENA XXI.

DICHOS. ALDONZA.

Aldonza. Ven: no te asustes, Buitrago.
Yo soy la que te bautizo.

Buitrago. ¡Cielos, la dueña!

Aldonza. Sí, hechizo.

Buitrago. Apártate, ó te deshago
la cara de un bofeton.

Aldonza. No harás tal. No será tanta

tu crueldad.

Buitrago. ¿No?

(*Alza la mano para dar á Aldonza, la cual desaparece de improviso, y en su lugar se muestra la cabeza de una sierpe con la boca abierta y echando llamas por ella.*)

¡Virgen santa,
qué espantoso culebron!
Su boca es atroz guarida
de llamas y de venenos,
pero... aun me horroriza menos
que la dueña maldecida.

Gonzalo. Antes merece alabanzas
su amor.

Buitrago. ¡Mal haya su amor!

Gonzalo. Fue chanza mia...

Buitrago. Señor,
yo no gusto de esas chanzas.

Gonzalo. Si no te divierte el chasco...

Buitrago. ¡Pues es linda diversion!

Gonzalo. Desparezca el culebron,
Vuelva á su ser el peñasco.
(*Queda el teatro como estaba.*)

Buitrago. ¿Y puedo saber en suma,
sin escitarte la bilis,
dónde reside el busilis
de tu magia?

Gonzalo. En esta pluma.

Buitrago. ¿Luego se cumple el pronóstico
de la gitana? ¡Ay de mí!
¡Bien lo dije cuando ví
de Aldonza el gesto feróstico!

Gonzalo. Para consolarte ahora
del aparecido trasgo,
será mas feliz el rasgo
de mi pluma encantadora.—
Ria apacible horizonte
que alegre mi corazon
y hermosa vejetacion
surja del áspero monte.

Buitrago. Aprobado.

Gonzalo. Y tú, que nunca

viste los rayos de Febo,
negra imagen del Erebo,
ábrete, horrenda espelunca;
y en risueña galería
tu ámbito ciego se torne,
que grata Venus adorne
de luciente argentería;
y á mis pies vertiendo flores
desprendidas de su seno,
me guien al mar sereno
las risas y los amores,
donde graciosa barquilla
deme apacible mansion,
y Venus lleve el timon
y los remos su cuadrilla.

(*Obranse simultaneamente las transformaciones que ha indicado el diálogo. Venus aparece y da la mano á Gonzalo, á quien sigue atónito Buitrago, dirigiéndose los tres hácia la marina que se descubre en el foro. Varios niños de ambos sexos en figura de genios voluptuosos van danzando y esparciendo flores; suben despues á un lindo bagel, cuyos remos empuñan; siéntanse en la popa Gonzalo y Venus, y la diosa guia el timon. Música suave y melodiosa.*)

ESCENA XXII.

DICHOS, VENUS *y su séquito.*

Venus. Obediente al talisman,
yo, diosa de los placeres,
aparezco. ¿Adónde quieres
que te lleve?

Gonzalo. Al Indostan.

Venus. Génios que engendró mi aliento,
guiad en alegre danza,
y sobre mar de bonanza
susurre plácido el viento.

Buitrago. (*Desde la orilla.*)
¡Ay qué hermosura de tropa!
(*A Venus, que ya se ha sentado en el bajel.*)
¡Ay qué carita de cielo!

Anterior Inicio Siguiente

¡Bien haya tu barquichuelo,
y sobretodo la popa!
(*Reman los genios y se va alejando el bajel.*)
¡Eh! ¡Haga alto la comitiva!
¿Quién me fleta á mí? ¡Patron!
¡Ha del barco!

Gonzalo. Ese triton
en su lomo te reciba.

(*Aparece un triton; á su vista quiere huir Buitrago, pero figurando que fuerza sobrenatural le impulsa, cae por último á horcajadas encima del mónstruo marino.*)

Buitrago. *¡Vade retro!* ¿Y si me engulle?—
¡Ay! me mira de reojo...
¡Me atrae!—¡Que me remojo!
(*Con las piernas dentro del agua y lejos ya de la orilla.*)
¡Socorro! ¡Que me zambulle!

Sala caprichosa de un palacio en la india oriental con vista á los jardines.

ESCENA XXIII.

MARFILDA. DAMAS INDIANAS.

Marfilda. ¡Mirad! No en vano el oráculo
del sempiterno Visnú
del alba que ha amanecido
marcó mi dicha en la luz.
Yo, la reina de esta isla,
cuyo cielo siempre azul
jamás el verdor agosta
de la palma y el bambú;
yo, á quien los mares tributan
en perlas que cuaja el sur
tesoros que humillarian
á los montes del Perú;
yo, cuya mano desean
llorando mi ingratitud
cien príncipes poderosos

desde Tracia á Calicut,
á mi destino obedezco
y al mágico Abenjabul,
que al tálamo me reserva
de un caballero andaluz.
Mirad. Ya llega á la orilla
su bajel. ¿Y puedo aun
detenerme? Ea, salgamos
á su encuentro.
(*A una indiana.*)
Ordena tú
que en mi bosque delicioso,
donde tanta multitud
de gayas flores circundan
arrayan y almoradux,
y entre el ébano y el cedro
crece el galano abedul,
grato solaz nos preparen
bajo tienda de tisú.

ESCENA XXIV.

LA INDIANA. *Luego* BUITRAGO.

Indiana. De lejas tierras nos viene
ese novio, ese *non plus*
de los galanes, que acaso
será un insigne gandul.
Buitrago. (*Con la ropa mojada.*)
¡Ha de casa!
Indiana. ¿Quién me llama?
Buitrago. Un servidor de Jesus
y vuestro.
Indiana. ¡Estraña figura!
Desde los pies al testuz
calado venís.
Buitrago. Estaba
mal carenado el laud
á cuyo bordo viviente
he dado tanto chapuz,
que aun dudo, á fé de Buitrago,
si soy hombre ó soy atun.

Indiana. ¿Sois criado del mancebo
que sin decir tus ni mus
viene desde no sé dónde
á esta comarca?

Buitrago. *Ego sum*;
y ya que el bueno de mi amo—,
¡asi tenga la salud!—,
ha pecado en mi transporte
contra el sentido comun,
dad posada al pobre náufrago
por el que murió en la cruz;
y si no fuereis cristiana,
por las leyes del Talmud;
y si no fuereis hebrea,
por Mahoma ó Belcebú.

Indiana. Sí haré, que asi me lo inspira
no sé qué oculta virtud
nigromántica.

Buitrago. Sin duda
la pluma dichosa...

Indiana. ¡Sus!
¡Pages, doncellas, venid!,
(*Llegan en varias parejas.*)
y mientras rico ambigú
de manjares esquisitos
le prepara Majamut,
vestidle el ropon indiano
y el gorro en forma de Q,
y alegradle y divertidle
con graciosos padedús.

ESCENA XXV.

DICHOS; *menos la indiana.*

Buitrago. (*Mientras le visten.*)
Este ya es otro cantar.
Déjome querer y ¡abur!
Mas si quereis divertirme,
por san Juan el de Sahagun,
bailad cosas de mi tierra.
Algun jaleo andaluz;
ó, si la habeis aprendido,

la jota del tururú.

Una bailar. Vaya la jota en el trage
que estila Calatayud.

(*Los trages indianos de las parejas desaparecen y quedan vestidas al uso de Aragon. Dos parejas bailan; las demas tocan ó cantan.*)

JOTA.

Morena la de Longares,
ayer me robaste el alma
cuando te até en el ribazo
la cinta de la alpargata.
Tururururu, salerosa, morena,
tururururu, ¡qué bien haya tu pierna!

Si bailas, Juana, otra copla
con el majo de la Almunia,
he de hacer un via-crucis
en tu cara y en la suya.
Tururururu, ten cuidado, Juanilla;
tururururu, ¡que te rompo la crisma!

Mira que es ancha la zequia
y te espones á un trabajo
si no la pasas conmigo
á las ancas de mi macho.
Tururururu, Madalena del alma;
tururururu, ¡cómo has puesto la saya!

Buitrago. Lindo rato me habeis dado.
(*Acercándose á una de las que han bailado.*)
Esta niña, sobre todo,
que es ágil como una pluma,
y rubia como un bizcocho.
¡Y qué talle! ¡Hay! Al mirarla
se me encandilan los ojos,
que harian pecar los suyos
al mismo san Juan Crisóstomo.—
¡Hola! despejad. Tenemos
que tratar aqui un negocio...

ESCENA XXVI.

BUITRAGO. LA BAILARINA.

Buitrago. ¡Oiga! Pues son obedientes.—
Ya nos han dejado solos,
y es forzoso que en mis brazos...
Bailarina. Ahora verás si es forzoso.
(*Huyendo de Buitrago se oculta entre los tapices que adornan el telon.*)
Buitrago. Huyes en vano, que yo
te seguiré como un corzo,
y por mas vueltas que des...
¡Ya la veo! ¡Ya la cojo!
¡Ya es mia!
(*Hállase Buitrago en los brazos de Aldonza cuando cree haber cogido á la bailarina.*)

ESCENA XXVII.

BUITRAGO. ALDONZA.

Buitrago. ¡Dulce paloma!
Aldonza. ¡Buitrago mio!
Buitrago. (*Reconociéndola.*) ¡Demonio!
¡Aparta! No me persigas.
Aldonza. No; ya no te suelto, mónstruo
de ingratitud...
Buitrago. (*Huyendo.*) ¡Suelta, esfinge!
Aldonza. (*Siguiéndole.*) ¡Jamás!
Buitrago. ¡Socorro! ¡Socorro!

Bosque delicioso con variedad de árboles y plantas de la India, fuentes, cascadas &c. Algunas aves exóticas de primoroso plumage aparecen volando de unos árboles en otros. Bajo un rico toldo caprichosamente plegado aparecen sentados en un muelle canapé oriental Gonzalo y Marfilda. Detras se ve una magnífica escalinata, y sobre ella la suntuosa fachada de un soberbio palacio.

ESCENA XXVIII.

GONZALO. MARFILDA. NUMEROSA CORTE DE LA REINA. MÚSICOS. BAILARINES &c.

(*Egecútase una danza vistosa, durante la cual figuran solazarse en amoroso coloquio Marfilda y Gonzalo.*)

Gonzalo. ¡Oh perla entre las perlas del Oriente
la de mas alto precio y donosura;
oh flor la mas lozana
que del Ganges la plácida corriente
al albor de la cándida mañana
vió desplegar su matizado seno
acariciado por la muelle brisa,
feliz yo que me arrobo y enageno
cuando bañado en celestial sonrisa
tu labio, que es envidia de las flores,
con amores alienta á mis amores!

Marfilda. (*Levantándose, y lo mismo hace Gonzalo.*)
Y yo el alto destino
bendigo agradecida
que tan amable huesped me previno;
y mas ufana que la bella Armida
cuando Reinaldo á su morada vino;
mas que Calipso tierna
cuando al ítaco príncipe juraba
amor, constancia eterna,
y, bien que diosa, se llamó su esclava,
en ese amor me gozo
que me juras con férvido alborozo.
Ven, pues, á mi palacio,

templo ya para ti, donde á la llama
que en pebeteros de oro y de topacio
el ámbito ilumina y embalsama,
el mio y tu deseo
colme en lazo eternal sacro himeneo.

Gonzalo. (*Tomándola de la mano.*)
Ya te sigo, ¡oh Marfilda...

ESCENA XXIX.

DICHOS, BUITRAGO.

Buitrago. ¡Amo de mi alma!
Gonzalo. ¡Tu aqui, Buitrago!
Buitrago. Líbrame de Aldonza,
aunque preciso sea convertirme
en ágila, en peonza,
ó en el que mas te cumpla horrendo bicho;
que esa muger ha dado en el capricho
de perseguirme con su amor inmundo
hasta el cabo del mundo,
y si pronto no emigra
al hondo infierno, mi pudor peligra.
Gonzalo. Si te persigue asi, mago inclemente,
mas que yo poderoso lo consiente;
que yo, á fé de Gonzalo,
no dueñas de su estofa,
sino ninfas reservo á tu regalo:
y pues el genio que de ti se mofa
ya la vision ahuyenta
que con tal contumacia te atormenta,
mientras voy á cumplir el rito santo
que de mi dulce encanto
me hará feliz esposo,
quédate en este bosque delicioso
donde dueño te dejo de mi pluma,
(*Se la da.*)
que es darte mas poder que á Motezuma.

(*Vanse por el foro Marfilda y Gonzalo, siguiéndoles toda la comitiva.*)

ESCENA XXX.

BUITRAGO.

¡Oh pluma, bendita seas!
Ya no temo á rey ni á Roque.
Se cumplirán mis deseos
á medida que los forme.
Si quiero halagar mi oido,
(*Escribiendo en el aire.*)
zís, zás, zís, zís, zás, y al golpe
con apacibles gorgeos
cantarán los ruiseñores....

(*El teatro se oscurece y solo le alumbran por intervalos algunos relámpagos y luces fosfóricas. El aspecto risueño del bosque se cambia de improviso en siniestro y pavoroso. A las aves de bello y pintoresco plumage suceden pajarracos horrorosos, uno de los cuales arrebata á Buitrago la pluma mágica y vuela con ella al palacio introduciéndose en él por una ventana. Salen de entre los árboles y demas accidentes del bosque fieros gigantones con cabezas colosales de bueyes, lobos, asnos y otros animales, formando durante algunos momentos un desatinado concierto de ahullidos, mugidos, rebuznos &c. A esta infernal sinfonia sigue una tempestad deshecha.*)

¡Huy! ¿Dónde estoy! ¡Qué espantosa
serenata! Aqui se oyen
mugidos, allá rebuznos,
acullá.... ¡Basta, señores!
¿Quién ha enseñado á usarcedes
el contrapunto?—La noche
cierra tenebrosa.—¡Ay triste,
que me persigue un enorme
pajarraco!—Se ha llevado
la pluma.... ¡Vaya al demontre!
¡Para lo que me ha servido!...
¡Un trueno! ¿Quién me socorre?
(*Santiguándose.*)
Verbum caro.... ¡Ni por esas!
Huyamos.... ¡Ay mé! ¿Por dónde?

Cercado estoy de fantasmas,
y espectros, y gigantones....

ESCENA XXXI.

BUITRAGO. ALDONZA.

Aldonza. (*En figura de una fantasma.*)
¡Buitrago!
Buitrago. ¡Qué voz!
Aldonza. No temas,
que ya en mis brazos te acoge
el amor. (*Le abraza.*)
Buitrago. (*Sin conocerla.*) ¿Qué amor....
(*A la luz de un relámpago la reconoce.*)
¡Aldonza!
Aldonza. ¡Sí!
Buitrago. *Desmayándose en los brazos de Aldonza.*)
¡Yo muero!
Aldonza. ¡*Pater noster*!...
(*Nueva esplosion de truenos, ahullidos &c. y cae el telon.*)

Acto segundo.

INTERLOCUTORES.

ELVIRA.	MUSTAFÁ.
GONZALO.	UN GENIO.
BUITRAGO.	UN BEDUINO.
ALDONZA.	TRES CAUTIVOS.
EL CONDE.	DOS GENÍZAROS.
LA GITANA.	CORO SUBTERRÁNEO.
ABENJABUL.	UN ESQUELETO.
SELIM.	UNA NEREIDA.
ANFITRITE.	

Genizaros, beduinos, esclavos, demonios, brujas, visiones, genios y monstruos marinos etc. etc.

Interior de una pintoresca cabaña indiana.

ESCENA PRIMERA.

BUITRAGO. ALDONZA, *dormida sobre un sofá.*

Buitrago. Ahora que en sueño profundo,
dueña aborrecida, duermes,
ya que al cobrar mis sentidos
en este rústico albergue,
temiendo á la vil gitana
que á mi costa te protege,
fingí—¡nefando que soy!—
poner fin á mis desdenes;
antes que abras esos párpados
con mas frunces y mas pliegues

que tu toca, y otra vez
nauseabunda me requiebres,
y muele que molerás,
y dale, y erre que erre,
voy á hacer un dueñicidio
aunque por él me condene.
Sí; que, infierno por infierno,
tanto da aquel como este.
Saco pues mi chafarote
y ¡una bruja menos!

(*Desenvaina una cimitarra y asiendo con el otro brazo á Aldonza, va á herirla.*)

Aldonza. ¡Tente!
¡Tente! ¿Así pagas mi amor?

Buitrago. No hay amor que valga. ¡Muere!

(*Descarga el golpe. Aldonza da un grito mortal. Buitrago vuelve la vista como horrorizado de su delito.*)

Aldonza. ¡Ay!

Buitrago. ¡Estupendo espectáculo!
Cuchillada mas solemne
no se ha dado en este siglo.—
Ahora es preciso que aleje
el cadaver.... Allí veo
un cesto.... ¡Famoso mueble
para mi designio. Voy
á buscarle.

ESCENA II.

LA GITANA, *saliendo por escotillon.*

Mientras vuelves,
preparo yo á tu injusticia
el castigo que merece.
Ahora verás, temerario,
que á gitanas de mi temple
borrachos de tu calaña
no insultan impunemente;
y, pues obedece al mio
hasta el cetro de la muerte,
huyendo del peregil
te ha de nacer en la frente.

(*El sofá queda convertido en una tumba, sobre la cual aparece tendido el tronco de Aldonza. Vuelve Buitrago con un cesto sobre la cabeza.*)

ESCENA III.

LA GITANA. BUITRAGO. *Luego* LA CABEZA DE ALDONZA.

Buitrago. Aqui los frios despojos
de la ex-dueña.... ¡*Miserere*
mei Dómine! El sofá
en túmulo se convierte,
y el inanimado tronco....
sin la cabeza....
Gitana. ¡Ahí la tienes!
(*Asoma la cabeza de Aldonza por el paño del túmulo.*)
Buitrago. ¿Qué veo! ¡Vision diabólica,
huye de mis ojos! ¡*Requiem*
æternam....
Aldonza. ¡Calla, asesino,
blasfemo!
Buitrago. ¡Jesus mil veces!
La cabeza mutilada
habló. ¡Milagro patente!
Mas si es cabeza de dueña,
no me admiro, porque siempre
se dijo que ni difuntas
callarán ciertas mugeres.
Aldonza. ¿Quieres evitar tu eterna
condenacion, hombre aleve?
Buitrago. ¿De qué manera?
Aldonza. Incorpora
otra vez al tronco inerte
mi cabeza.
Buitrago. ¿Y con qué bálsamo
de Fierabrás.... ó de Jerjes
he de hacer yo ese prodigio?
Aldonza. Solo ha de costarme un leve
sacrificio.
Buitrago. Por el alma
lo haré. ¿Qué mandas?
Aldonza. Que sueltes

ese cesto, y á mi rostro
te apropincues, y le beses.

Buitrago. ¡No! ¡Jamás! ¡Horror! ¡Escándalo!
(*Da algunos pasos queriendo huir.*)

Gitana. En vano escapar pretendes.
Ese cesto sea torre
que en sus murallas te encierre.

(*Crece el cesto tomando la figura de una torre, en la cual queda encerrado Buitrago.*)

Buitrago. ¿Qué es esto! ¡Misericordia!—
¡Gonzalo! ¿No me defiendes?

Gitana. Ni San Gonzalo bendito.
Siempre á tus ojos presente
tendrás sanguinosa y lívida
la cabeza que aborreces.

(*Asoma Buitrago la suya por una rejilla. Al mismo tiempo y hasta la altura de la rejilla se alza un poste con la cabeza de Aldonza en su estremo superior.*)

Buitrago. ¡Piedad! ¡Piedad!
(*El poste gira rápidamente.*)

Gitana. Y la besas,
ó hambriento y cautivo mueres.

Salon corto en el palacio de Marfilda. Habrá un elegante florero sobre una columna truncada.

ESCENA IV.

GONZALO.

En tanto que enamorada
la encantadora Marfilda
nuevos dones me tributa,
con nuevos goces me brinda,
breve tregua á los sentidos
el alma dé, que fatiga
tambien, como el infortunio,
el esceso de la dicha.
¿Hay mortal mas venturoso?
¡Oh! ¿quién me digera un dia

que veria realizadas
con inefable delicia
cuantas dulces ilusiones
dorados sueños fabrican
ó en sus plácidos delirios
engendra la poesia?
¡Oh pluma! ¡Bien haya el ave
que en sus alas peregrinas
te ha criado! Nunca fuera
tan obediente y sumisa
la pluma de un escribano
para dar fé á las mentiras.—
¿Qué te pediré yo ahora
tras de tantas gollerias?—
Mas de poesia hablé
y yo no entiendo una sílaba
de endechas, ni madrigales,
ni ovillejos, ni quintillas.
¡Cuánto fuera mi placer
pulsando la docta lira
de un Virgilio, ó de un Ariosto;
de un Homero, ó de un Ercilla!
Cantara entonces yo mismo
con elecuencia inaudita
los portentos de mi pluma,
los primores de esta isla,
el poder de Abenjabul
y las gracias de Marfilda.
(*Quítase la pluma del sombrero.*)
¡Ea pues!
(*Escribiendo en el aire.*)
Yo quiero ser
poeta. ¡Musas divinas,
inspiradme!
(*Truenos subterraneos. El teatro se oscurece.*)
Mas ¿qué es esto?
Con rara cacofonía
truena la tiera á mis pies,
y el disco del sol eclipsa
su luz.—¿Habré deseado
alguna majadería?
Una voz. (*Dentro.*) ¡Sí!

Gonzalo. ¿Quién habla....

(*Abrese un boquerón en el suelo, asciende en espiral una serpiente, cuyos ojos dan á la escena un resplandor siniestro, arrebata á Gonzalo la pluma mágica y húndese con ella.*)

¡Ah qué horrorosa
serpiente!—¡Aparta!—Me quita
el talisman.... ¡Soy perdido!
¡Detente!—Otra vez se abisma
en su profunda caverna.—
¡Oh cielo! ¿quién me castiga
con tanta dureza?

ESCENA V.

GONZALO. ABENJABUL.

(*Abrese la columna, y de ella sale Abenjabul. Vuelve á aclararse el teatro.*)

Abenjabul. ¡Yo!
Gonzalo. ¡Abenjabul!
Abenjabul. ¿Qué te admira?
Gonzalo. Que por una bagatela
me impongas tan escesiva
pena.
Abenjabul. ¡Pedazo de tonto!...
Gonzalo. Alabo la cortesía.
Abenjabul. Si bagatela la juzgas,
¿por qué en ella desperdicias
el poder del talisman
que tanto bien te prodiga?
Gonzalo. Pero....
Abenjabul. ¿Tendremos aqui
el cuento de la morcilla?
Gonzalo. Perdona, que ha sido un *lapsus*. ..
Abenjabul. Nos causan ya, nos fastidian
los poetas. Sin salir
de la corte de Castilla,
hay peste de ellos; pululan
lo mismo que las hormigas;
y cuando fuera preciso

por bando de policia
y buen gobierno acabar
con esa raza maldita,
¿quieres aumentar su número?

Gonzalo. Ha sido una tontería;
lo confieso y me arrepiento....

Abenjabul. Ya es tarde. Verás cumplida
tu vocacion. ¿Pero ignoras
la suerte que predestinan
inexorables los hados
al que las musas cultiva?
Perseguidos donde quiera
por la ignorancia y la envidia,
visten mal, comen peor,
duermen en una guardilla,
mueren en un hospital....

Gonzalo. ¡Deliciosa perspectiva!

Abenjabul. Esa es la que á tí te aguarda.
Pero acaso á tus cenizas
tributarán los laureles
que te negarán en vida.
Es decir; despues del asno
muerto....

Gonzalo. Ya sé: no prosigas.

Abenjabul. La cebada al rabo.

Gonzalo. Y ¡qué!
¿mis súplicas....

Abenjabul. Son tardías.

Gonzalo. ¿No templarán el enojo....

Abenjabul. Es sentencia ejecutiva
que no admite apelacion.

Gonzalo. Ya que inhumano me privas
del precioso talisman
que obra tantas maravillas,
no sin piedad me secuestres
la ventura ya adquirida.
Respeta mi *statu quó*:
no me saques de las Indias.
Aqui estoy como un patriarca....
Me prueba bien este clima.
Mira que dentro de poco
seré padre de familias,

y es una inmoralidad
punible....

Abenjabul. En vano predicas,
que la moral nigromántica
se funda en otras doctrinas
incomprensibles al vulgo
y....

Gonzalo. Pero....

Abenjabul. Calle la víctima.

Gonzalo. ¿Sabes que me dan impulsos
de romperte..., no la crisma,
que harto sé yo que los perros
como tú no se bautizan;
sino las muelas, si alguna
te ha quedado todavia?

Abenjabul. ¡Tú! ¿Cómo?

Gonzalo. De esta manera.

(*Va á sacudir un bofeton á Abenjabul y sale de tierra un enorme garfio que le sujeta.*)

Abenjabul. Un poquito mas arriba.

Gonzalo. ¡Necio de mí! Ya olvidaba
que invulnerable á mis iras
te hace el demonio.—Ahora bien;
¿qué quieres? ¿qué determinas?
¿He de volver miserable
á los montes de Almería?
(*Vuelve á quedar libre Gonzalo.*)

Abenjabul. No. En tétrica soledad
te mostrarán cuán efímeras
son las glorias de este mundo
los escombros de Palmira.
(*Vuelve á encerrarse en la columna.*)

Gonzalo. ¡Abenjabul!... Otra vez
como sombra fugitiva
desparece.... y escamota
el palacio que me abriga.

Cambia la decoracion y el teatro representa un árido desierto alumbrado por la luna. Ruinas en el foro. En el centro una cisterna. *Calla por algunos momentos Gonzalo mostrando el mayor abatimiento.*

ESCENA VI.

GONZALO.

Adios, isla del amor
con tus risueños jardines,
con tus danzas y festines
que envidian en su esplendor
ángeles y serafines.
Ahora á los placeres muerto,
ahora apartado del mundo
en este horrible desierto,
¡ay! no le haré mas fecundo
con las lágrimas que vierto.
Adios, Marfilda amorosa,
en cuyo labio de rosa
libé la dulce ambrosía
que del cielo me ascendia
á la corte luminosa.
¡Ay! ya en mi oido resuena
el rugido de la hiena
tan cruenta como vil:
ya veo al torvo reptil
arrastrando por la arena.—
Pero antes que hecho pedazos
en las garras de una fiera,
ó de hambre y augustia muera,
yo sabré cortar los lazos
de esta vida lastimera.
¿Quién ama la vida, quién
despues que en hora fatal
cayó de un solo vaiven
desde la cumbre del bien
hasta el abismo del mal?

Si á lágrimas y sonrojos
reserva el cielo mis ojos,
¡apáguelos noche eterna,
y esta profunda cisterna
sea tumba á mis despojos!

(*Va á arrojarse á la cisterna y se detiene viendo salir de ella diablos, brujas y otras apariciones fantásticas, que desaparecen volando por entre las ruinas.*)

Pero.... ¡qué estraña vision!
¡Otra! ¡Qué garras! ¡Qué cuernos!—
Larga va la procesion.—
Si no es este el pozo Airon
es boca de los infiernos.
Sal de una vez, raza impia;
qué, aunque es propósito firme
el que hago, por vida mia
que no quisiera morirme
en tan mala compañia.

ESCENA VII.

GONZALO. BUITRAGO.

Buitrago. (*Dentro de la cisterna.*)
¡Ay de mi!
Gonzalo. Suena gimiendo
humana voz. ¿Otro mago....
Buitrago. (*Mas cerca.*)
¡Ay de mi!
Gonzalo. Voto á Santiago
que yo de voces no entiendo
ó esa es la voz de Buitrago.
Buitrago. (*Dentro.*) ¡Socorro!
Gonzalo. (*Mirando á lo interior de la cisterna.*)
Ya sube.—¡El es!—
No tiene agua la cisterna.
En hombros de dos vestiglos
de catadura perversa
va subiendo.—¡Ea, buen ánimo!
Buitrago. (*Todavia dentro.*)
¡Oh tú, quien quiera que seas,
dame auxilio!

Gonzalo. (*Con el brazo dentro de la cisterna.*
Ya te ayudo.
Gonzalo soy. Nada temos.

(*Buitrago saca la cabeza por la cisterna, asiendo su borde con la mano derecha y suspendido de la otra por Gonzalo.*)

Buitrago. ¡Ay, gracias á Dios que veo
un rostro humano!

Una voz. (*Dentro.*) ¡Ahí te quedas!

Buitrago. Buenas noches.

Gonzalo. Salta ahora.

Buitrago. (*Haciendo un esfuerzo para saltar.*)
Allá voy.

(*La cisterna, que estaba á flor de tierra, va subiendo hasta llegar á una altura formidable; Gonzalo, que se ve suspendido en el aire, suelta la mano de Buitrago y este la afianza en el borde.*)

Gonzalo. ¡Detente, espera,
que la cisterna hace rápidos
progresos!

Buitrago. ¡Ay, santa Tecla!
¡Ay virgen de la Asuncion,
que ya llego á las estrellas!

ESCENA VIII.

DICHOS. LA GITANA.

Gitana. (*Saliendo de entre las ruinas.*)
¡No mas!

(*Cesa la elevacion de la cisterna.*)

Gonzalo. ¡La Gitana!

Gitana. Torne
á su lugar la cisterna.

(*Va bajando la cisterna hasta quedar como estaba.*)

Buitrago. Con tiento.—Con suavidad.—
Asi.... ¡Bien!—¡Bien!

Gitana. Salta en tierra.

(*Ayudado por Gonzalo sale Buitrago de la cisterna.*)

Buitrago. ¡Aupa!

Gitana. Dame ahora las gracias.

Buitrago. ¡Gracias! Sí.... (¡Maldita seas!)

Gonzalo. ¡Pobre Buitrago! Ven, ven
á mis brazos. Tu presencia
en soledad tan amarga
sea alivio de mis penas.

Gitana. Pocas son las que has sufrido.
Otras mayores te esperan;
y con muerte voluntaria
no esperes librarte de ellas.
Vivirás, mal que te pese,
que asi Abenjabul lo ordena.
(*Desaparece por entre las ruinas.*)

ESCENA IX.

GONZALO. BUITRAGO.

Gonzalo. ¡Espera! ¡Escucha....

Buitrago. No llames
á esa pícara hechicera.
La mejor gracia que puede
dispensarnos es su ausencia.—
Mas dime: ¿qué haces aquí?
¿Qué es de la isla risueña
para tí mejor que Jauja,
para mí peor que Ceuta?
¿Qué se han hecho los jardines,
los palacios, la princesa
enamorada....

Gonzalo. ¡Ay Buitrago!
Perdí mi ventura inmensa
por un deseo pueril.

Buitrago. ¿Cómo!...

Gonzalo. Quise ser poeta.

Buitrago. Bien empleado le está
al sándio que se contenta
con tal bobada pudiendo
ser obispo de Sigüenza.
¿Y has perdido el talisman?

Gonzalo. Sí.

Buitrago. ¡Gracias á Dios!

Gonzalo. ¿Te alegras?

Buitrago. ¡Voto á briós! ¿no he de alegrarme

si todo ha sido tragedias
para mí desde que el diablo
te dió la pluma funesta?
Todo lo hubiera sufrido
con católica paciencia,
pero despues de matar
á aquella maldita pécora,
verme obligado—¡gran Dios!—
á besar.... ¡hurr! la cabeza
de la difunta.... ¡hurrff! Los pelos
se me erizan. ¡Y la vieja
resucitó al estallido
del beso! ¡Atroz peripecia!
Y huyendo de sus caricias,
con mas horror y mas priesa
que si quisiera librarme
de un toro ó de una epidemia,
los pies se resbalan, caigo
en una profunda cueva,
corro por su ámbito oscuro
entre sapos y culebras,
cien brujas en torno mio
bailan la marimorena,
y remolcado hasta el borde
de esa elástica cisterna,
¡aqui me tienes purgando
mis culpas y las agenas!

Gonzalo. ¡Oh! mal haya mi ambicion,
y en hora menguada, adversa
acepté la pluma infausta
que ya tan cara me cuesta,
¡Cuánto era yo mas feliz
al dulce lado de aquella
que no me atrevo á nombrar
porque me embarga la lengua
el rubor!

Buitrago. ¡A buena hora
mangas verdes!

Gonzalo. ¡Quién volviera
á los dias venturosos
que ahora con dolor recuerda
mi corazon lacerado!

¡Ay Elvira!

Buitrago. ¡Ay berengena!
No te acordabas de Elvira
durante la borrachera
de tu fortuna; ¡y ahora
que te trata como suegra
atribulado suspiras
por la abandonada prenda!
Ahora es cuando yo barrunto
que en efecto eres poeta.

Gonzalo. ¡Ay, cruel remordimiento
acibara mi existencia!

Buitrago. ¡Ay, qué delicioso duo
formarán en esta arena
con el grito de mi estómago
el grito de tu conciencia!

Gonzalo. ¿Qué será de tí, mi Elvira?

Buitrago. Necia será y mas que necia
si ya no la ha consolado
el título de condesa.

Gonzalo. ¡Ay, que ella sea dichosa
aunque yo penando muera!

(*Aparecen multitud de beduinos por todas las avenidas.*)

¿Qué veo! ¡Somos perdidos.

Buitrago. ¡Ya escampa, y llovian ruedas
de molino! Huyamos....

ESCENA X.

GONZALO. BUITRAGO. BEDUINOS.

Un beduino. ¡Alto!
(*Los rodean y los prenden.*)

Buitrago. ¡Piedad!

Beduino. Si hacen resistencia,
morirán.

Buitrago. Yo no resisto,
caballeros. Tengo buena
educacion....

Beduino. ¡Ea, calle,
ó le arrancaré la lengua!

Buitrago. (¡Qué amable señor!)

Beduino. Seguidme.
Gonzalo. Dios lo quiere asi. ¡Paciencia!

Atrio contiguo á los jardines del serrallo en Constantinopla. Puerta á la izquierda del actor.

ESCENA XI.

ELVIRA. SELIM.

Selim. Cristiana, la mas hermosa
que el suelo de España vió,
linda perla de Occidente,
si otras de Oriente lo son;
la de los pardos ojuelos
que roban su lumbre al sol,
la de la tez nacarada
que ostenta flor sobre flor,
como la aurora rïente
que en su variado arrebol
pide á la rosa la púrpura
y á la azucena el albor,
¡por Alá que ese desden
propio del brio español
ni sienta mal á tu rostro
ni al mio causa rubor;
que serviles hermosuras
hartas tiene, vive Dios,
mi harem, mendigando fáciles
la gracia de su Señor.
Bien pudiera yo, á despecho
de tu altiva condicion,
como esclava que eres mia;
ahogar en tu boca el no;
mas, aunque joya te llamo
de inestimable valor,
placeres son mentirosos
los que niega el corazon.
Esquiva en buen hora seas;
que esquiva te quiero yo,
mas no tanto que desmaye
sin esperanza mi amor.
Del tuyo, bella andaluza,

indigno quizá no soy,
yo que á tus plantas depongo
mi grandeza y mi esplendor;
yo que el tálamo y el cetro
te prometo en galardon
que cien beldades codician
desde el *Bósforo* al *Mogol*;
yo que, olvidado tal vez
de mi raza y de mi honor,
á despreciarme te brindo
con las alas que te doy.

Elvira. ¡Yo despreciar á quien debo
gratitud, veneracion...,
amor tal vez.... Porque nadie
mereciera como vos
mi afecto, si en los afectos
imperase la razon.
Arrancada de mi hogar
por temerario raptor,
cuando cobré mis sentidos
sobre el barco que veloz
me condujo, y á la patria
dirigí mi último adios,
temblé, temí.... no mi muerte,
que harta de vivir estoy,
sino mi afrenta en los brazos
de vil corsario feroz.
¡Y blanco de su codicia,
si de su lascivia no,
y vendida como esclava
sin respeto á mi dolor,
hallé magnánimo príncipe
que de dones me colmó
donde esperé de un tirano
llorar la persecucion.
¡Ah señor! Mientras yo aliente
y pueda formar mi voz
un acento, al justo cielo
demandaré con fervor
vuestra dicha y que destierre
de vuestra alma esa pasion
que no merece inspirar

una infeliz como yo.

Selim. Pide primero mi muerte,
pide mi condenacion
eterna.—¿Nunca has amado,
cristiana?

Elvira. (¡Pluguiera á Dios!)
¡Señor....

Selim. ¡Callas! Si tu pecho
siente por otro el ardor
que inhumana me rehusas,
no me lo confieses; ¡oh!...
niégalo, Elvira. Ten lástima
de mí, de tí; ¡de los dos!
De la zona en que he nacido
siento en mi sangre el hervor
que engendra cruel al tigre,
si generoso al leon,
y ¡ay si el amor indulgente
que injusta desdeñas hoy
ves convertido mañana
en rencoroso furor!

Elvira. Señor, esclava sumisa,
á vuestras plantas estoy.
Matadme con ese acero
tantas veces triunfador.

Selim. Alza. ¿Qué has dicho! ¡Matarte!
¿Seria yo tan atroz!
Antes que impia mi mano
siegue tan galana flor,
su filo acerado esconda
en mi garganta la hoz.

Elvira. ¡Selim!

Selim. Basta.—Aun no te he dado
hartas pruebas de mi amor.
No es el fruto mas sabroso
por demasiado precoz.
Quizá á fuerza de mercedes
triunfaré de tu rigor.
Ve: pasea mis jardines,
manda en mi serrallo. Voy
á prepararte festejos,
dádivas, lauros.... Adios.

ESCENA XII.

ELVIRA.

¡Singular destino el mio!
¡Pagar siempre con desden
á quien me da su albedrío
y amar con tal desvarío
á quien no me quiere bien!
Si condes en Almería,
hoy menosprecio en Turquía
el cetro del gran señor
por un amante traidor
¡que á su rival me vendia!
Y el que con ruin proceder
mi cariño sonrojó
acaso busque el placer
en brazos de otra muger
menos hermosa que yo.
¡Y solo en mi pensamiento
reina el perjuro, el infiel,
y aunque fuera mas cruel,
sin vacilar un momento
diera la vida por él!

ESCENA XIII.

ELVIRA. GONZALO. BUITRAGO. MUSTAFÁ.

Mustafá. Entrad, míseros cautivos,
y aqui esperèmos del alto,
del poderoso Selim
los preceptos soberanos.
Eloira. (*Reconociéndolos.*)
(¿Qué veo!)
Buitrago. El cual es seguro....
Mustafá. ¿Qué?
Buitrago. Que nos envia al palo.
Mustafá. Eso y mas puede esperarse
de su corazon magnánimo.
Gonzalo. (*Reconociendo á Eloira.*)
¡Ah! (*Eloira le hace señas para que calle.*)

Elvira. (*A Mustafá.*) Dejad esos cautivos
y marchad.
Mustafá. ¿Qué!...
Elvira. Yo os lo mando.
Su suerte está decidida...
Buitrago. (*A Gonzalo, reconociendo á Elvira.*)
¡Señor!...
Gonzalo. ¡Calla!
Elvira. Y yo me encargo
de hacérsela conocer.
Mustafá. Reina sois en el serrallo.
Os obedezco. (*Yéndose.*) (No obstante,
parece que se han mirado
asi... Sépalo el Sultan
y haga de su capa un sayo.)

ESCENA XIV.

ELVIRA. GONZALO. BUITRAGO.

Gonzalo. ¿Será sueño? ¡Elvira mia!
Elvira. ¡Tú aquí!
Buitrago. Y al margen Buitrago.
Gonzalo. Ya no maldigo mi suerte,
pues permite el cielo santo
que te vea y á tus pies...
Elvira. (*Sin dejarle arrodillarse.*)
¿Qué haces! Levanta, insensato;
mira que la vida espones...
Gonzalo. ¿Qué importa, Elvira? Yo ánsio
morir...
Buitrago. Yo no.
Gonzalo. ¿Qué es la vida
para mí?
Buitrago. Para mí es algo.
Gonzalo. Yo la ofrezco á tu venganza,
aunque es indigno holocausto
para expiar mi delito.
Elvira. Todo lo olvido, Gonzalo.
Ahora no veo mi ultraje;
veo que eres desgraciado,

y que puedo yo romper
tus cadenas.

Buitrago. ¿Sí? Me llamo
á la parte.

Gonzalo. ¿Y es posible!
¡Tú reina de este serrallo!
¡Tú Sultana!

Elvira. (*Riéndose.*) ¡Y favorita!

Buitrago. La dejaste con un palmo
de narices, ¡y te dueles
de que busque su reemplazo!
Llévalo por Dios: no seas
el perro del hortelano.

Gonzalo. Dice bien. ¿Con qué derecho
osara yo, el mas ingrato
de los hombres, reprender
tu conducta?

Elvira. Soy acaso
muy culpable; pero es solo,
¡traidor!, por amarte tanto.

Gonzalo. ¿Qué oigo! ¿El bárbaro Selim
no te condujo á su tálamo
odioso...

Elvira. Puedo sin mengua
alzar mis ojos. Si alcanzo
tanto favor, no lo debo
al sacrificio villano
que me atribuyes. Tal vez
late corazon hidalgo
y generoso en el pecho
de adusto mahometano,
y tal vez ese Selim,
á quien apellidas bárbaro,
mejor que tú mereciera
el alma que te consagro.

Gonzalo. ¡Oh! ¿Me amas aun, muger
incomparable, y no caigo
muerto á tus pies de vergüenza!
Si supieras cuánto, cuánto
soy criminal... ¡Oh si ahora
lícito fuera á mi mano
desarmada recobrar

la pluma de los milagros!
Solo en tu bien, en tu gloria
la emplearia, y ufano
con tu amor...

(*Conviértese la puerta de la izquierda en un gracioso templete, y en su centro aparece un genio con la pluma mágica en la mano.*)

ESCENA XV.

DICHOS. UN GENIO.

Gonzalo. ¡Cielos! ¿Qué veo?
Genio. He aqui la pluma, Gonzalo.
Usa de ella á tu albedrio:
asi lo decreta el mago
Abenjabul...

(*Toma Gonzalo la pluma. El genio desaparece.*)

ESCENA XVI.

ELVIRA. GONZALO. BUITRAGO.

Gonzalo. ¡Oh ventura!
Elvira. ¡Qué prodigio!...
Buitrago. ¿Has recobrado
la pluma? ¡Malo! Otra vez
seré juguete del diablo.
Elvira. (*Mirando adentro.*)
Vuelve Selim. Sus genizaros
le preceden.
Buitrago. Yo me escapo.

(*Llega un piquete de genízaros, los cuales envainan los alfanges al entrar.*)

ESCENA XVII.

ELVIRA. GONZALO. GENÍZAROS.

Gonzalo. No temas. Venga, y con él

todo el imperio otomano.
Mi poder es ya mas grande.
Llegue y véame en tus brazos.
(*La abraza.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. SELIM. GENÍZAROS.

Selim. ¿Qué veo! ¡Traicion! ¡A mí,
genízaros! ¡Mueran!
Gonzalo. ¡Alto!
Vaya al infierno el Sultan.
(*Húndese Selim.*)
Selim. ¡Válgame Alá!
Genízaros. ¡Alá! ¡Qué espanto!
Un geníz. Huyamos de ese hechicero.
Otro. No, no; ¡venganza! ¡Matadlo!
Gonzalo. ¡Inútil furor! Heridme
si podeis.
(*Desenvainan los genízaros sus alfanges y los hallan convertidos en plumas.*)
Genízaros. ¡Oh!...
Gonzalo. Sin mostachos,
sin barbas y sin turbantes,
bailad ahora el pelado.
(*Desaparecen las barbas y los turbantes de los genízaros, y todos bailan.*)
Genízaros. ¡Alá! ¡Alá!...
Eloira. ¿Será posible!...
Yo dudo si estoy soñando.
Gonzalo. Verás mayores portentos.—
¡Eh! ya basta de fandango.
Huid de aqui, miserables.
(*Los genízaros se retiran bailando y gesticulando.*)

ESCENA XIX.

ELVIRA. GONZALO.

Gonzalo. Tuyo es el régio palacio
de Selim; tuyo su imperio.
Ven y postrada Bizancio
emperatriz..., poco he dicho;
diosa te aclame.

Elvira. No lauros,
no riquezas ambiciono,
que el corazon de Gonzalo
me basta.

Gonzalo. Tuyo es, Elvira;
mas ya que propicio el mago
me ha devuelto el talisman,
razon es aprovecharlo.

Elvira. ¡El talisman! ¡Sabe Dios
á qué precio le has comprado!

Gonzalo. No temas. El alma es libre...
Digo mal, que á tus encantos
la he rendido.

Elvira. ¡Lisongero!

Gonzalo. Mi brujo es muy campechano.—
Sígueme.

Elvira. Tu voluntad
es ley para mí, Gonzalo.
(*Vanse.*)

Magnífico jardin de arquitectura árabe con vista de los baños del Serrallo. Mesa con sillas al derredor, un sofá á la derecha y otro á la izquierda. Sobre el primero aparece Buitrago dormido. Música oriental, y despues de los dos primeros versos salen Gonzalo y Elvira dados de las manos. Multitud de turcos formados de antemano en dos filas los saludan con profundas zalemas.

ESCENA XX.

DICHOS. BUITRAGO, *dormido*. MUSTAFÁ. GENÍZAROS. ESCLAVOS.

Varios turcos. ¡Viva, viva el gran Sultan!
Otros. ¡Plaza, plaza!—¡Paso, paso!
Gonzalo. Decid: viva la Sultana.
Todos. ¡Viva la Sultana!
Gonzalo. Esclavos,
venid á jurarla humildes
respeto y amor.
(*A Mustafá.*)
En tanto
vé tú á romper las cadenas
de los cautivos cristianos.
Mustafá. ¡Señor...
Gonzalo. Si replicas, ¡voto
á san Pedro y á san Pablo...
Mustafá y otros. (*Entre dientes.*)
¡Horror!
Gonzalo. ¡Canalla maldita,
Silencio! ¡Temblad! ¡Postraos
á mis pies!
(*Lo hacen.*)
¡Dios solo es Dios!
Los turcos. ¡Sí!
Gonzalo. Y Mahoma... es un borracho.
Turcos. (*Arrastrándose y haciendo vanos esfuerzos para levantarse.*)
¡Blasfemia!—¡Venganza!—¡Alá!...
¡No podemos levantarnos!

Gonzalo. ¿Dudais aun de mi poder?
Os convertiré en galápagos
si quiero.
Turcos. ¡Piedad! ¡Piedad!
Elvira. Yo te ruego...
Gonzalo. Levantaos.
(*Todos se levantan á un tiempo.*)
Cumple mis órdenes tú.
Mustafá. Voy, gran señor, voy volando. (*Vase.*)
Gonzalo. (*A otro turco.*)
Tú, sin replicar palabra,
preven á nuestro regalo
un espléndido banquete,
y en jarrones cincelados
abunde el vino de Chipre...
Turcos. (*Alzando los ojos al cielo.*)
¡Ah!...
Gonzalo. Y de Corinto y de Samos.—
(*Vase el turco corriendo por el foro.*)
Seguidme.—Ven, amor mio.
Elvira. (Téngale Dios de su mano.)

ESCENA XXI.

BUITRAGO.

(*Bostezando.*)

¡Ah.... Yo me he dormido; es cierto,
aunque no sé cuándo ha sido;
mas prueba de que he dormido
es... (*Bostezando.*) ¡Ah... que ahora despierto.
No parece un musulman
por aqui. Sin duda alguna
triunfó de la media luna
el mágico talisman.
Mas si la pluma encantada
nunca á socorrerme llega
cuando el demonio me juega
alguna chanza pesada,
haga á mi amo buen provecho
y no se acuerde de mi

mientras yo descanso aqui
mejor que en mullido lecho.—
Estoy tan hecho pedazos,
tan fatigado, tan flojo...
Quiero estirar á mi antojo
ambas piernas y ambos brazos.

(*Se le van alargando gradualmente brazos y piernas hasta tomar una longitud estraordinaria. El banco crece en la misma proporcion.*)

¿Qué es esto, san Babilés!
De goma elástica soy.—
¡Misericordia! Ya estoy
á una legua de mis pies.
¡Bestial exageracion!
¿Y los brazos? ¡No soy manco,
no!—¡Calle! Tambien el banco
ha dado un buen estiron.
¡No mas!... Apuesto la vida,
pongo mi cuello en un tajo
á que me hace este agasajo
la gitana consabida.

(*Aparece la gitana por el foro.*)

ESCENA XXII.

BUITRAGO. LA GITANA.

Gitana. ¡Buitrago!
Buitrago. ¿Eh? ¿Qué dije yo?
¡Mal chazo en... salvo la parte...
Gitana. ¿No querias estirarte?
Pues tu voto se cumplió.
Buitrago. (Ya vuelve á hacer de las suyas.
Veamos si asi la ablando.)
(*Con tono solemne.*)
De parte de Dios te mando
que á mi ser me restituyas.
Gitana. Lo haré asi, que soy muger
complaciente.—¡Pages! ¡Hola!
Por arte de carambola
volvedle al antiguo ser.

(*Llegan por el foro cuatro pages, se acercan á Bui-*

trago, y con solo tocarle quedan hombre y banco como antes estaban.)

¿Estás ya como deseas?

Buitrago. ¡Ajá! ¡Bien! ¡Perfectamente!

(*Salta del banco.*)

Gitana. ¿Acorto mas?

Buitrago. ¡No! ¡Detente!

Antes ciegues que tal veas.

Gitana. Yo deseo complacerte.

Buitrago. ¿Me harás con la dueña el bú?

Gitana. Hasta que la llames tú
no vendrá la dueña á verte.

(*Vanse la gitana y los pages por el foro.*

ESCENA XXIII.

BUITRAGO.

Gracias.
(*Echando de menos á la gitana.*)
¡Abur!—¿Yo llamar
á Aldonza? ¡No! Al cielo plegue
que primero se me pegue
la lengua en el paladar.

ESCENA XXIV.

BUITRAGO. TRES CAUTIVOS.

Cautivo 1.º ¡Salud!

Buitrago. ¡Hola, ciudadanos!

Cautivo 1.º ¿Sois vos cristiano tambien?

Buitrago. Sí, por la gracia de Dios.

Cautivo 1.º Pobres cautivos ayer,
al vencedor de Selim,
que nos libra de cruel
servidumbre, deseamos
por tan singular merced
dar gracias. Dice la fama
que es un español...

Buitrago. (Él es.)

Cautivo 1.º Que se llama don Gonzalo...

Buitrago. (Ya era razon que una vez
en pró de Dios y del prógimo
emplease su poder.)
Con efecto, asi se llama
y es mi amo, de que doy fé.—
Seguidme. Tendré el honor
de presentaros á él.—
Pero ¡qué magros estais!

Cautivo 1.º Rabiando de hambre y de sed...

Buitrago. Algo de eso tengo yo;
porque, aqui donde me veis,
cuanto mas prospera mi amo
menos suelo yo comer.
¡Oh quién pudiera ofreceros
en este ameno vergel
entre opiparos manjares
sendas copas de Jerez!

(*La mesa se cubre repentina y espontáneamente con viandas, botellas &c.*)

Mas ¿qué veo!

Cautivo 1.º ¡Oh maravilla!

Cautivo 2.º ¡Oh prodigio!

Buitrago. *¡Factum est!*
Ya veo que la gitana
es una honrada muger.—
El olorcillo conforta.
¡Buen ave! ¡Esquisito pez!—
Sentémonos, camaradas.

(*Siéntanse los cuatro en las sillas que rodean la mesa.*)

Cautivo 1.º ¿Será cosa de Luzbel?

Buitrago. Por probar nada se pierde.
(*Tomando una presa y comiendo.*)
¡Hola! ¡Pues sabe muy bien!
(*Comen los cuatro.*)

Cautivo 1.º ¡Rico!

Cautivo 2.º ¡Sabroso!

Buitrago. ¡Buen ánimo!
Sabe Dios cuándo os vereis
en otra.—Antes que el demonio,
asi como alguna vez
suele tirar de la manta,
tire ahora del mantel,

(*Tomando una botella.*)
veamos si este vinillo
sabe á gloria, ó sabe á pez.

Cautivo 1.º Brindemos á nuestra dulce
libertad.

Buitrago. (*Destapando la botella.*)
Es menester
que á otro brindis de mi ingenio
con vuestro voto ayudeis.
¡A que cargue una legion
de condenados...

Cautivo 1.º ¿Con quién?

Buitrago. Con cierta dueña execrable,
con cierta Aldonza...
(*Acabando de quitar el tapon.*)
Ea pues....

(*Los cautivos le presentan sus vasos y al querer llenarlos sale fuego de la botella.*)

Cautivo 1.º ¡Oh Dios!...

Buitrago. ¡Cuerno! En vez del jugo
con que se achispó Noé,
sale alquitran derretido
de esta botella. ¡Soez
metamorfósis!

Cautivo 1.º Huyamos...

Buitrago. ¿Qué es huir? Vamos á ver
si otra botella...

(*Al echar mano Buitrago á otra botella gira en derredor la mesa.*)

¿Qué es esto!
La mesa rueda—¿no veis?—
como una devanadera.

Cautivo 1.º ¡Qué portento!

Buitrago. ¡Otro pastel
de la maldita gitana!

Cautivo 1.º Ya con menos rapidez
gira.—Ya se para.
(*Deja de girar la mesa.*)

Buitrago. ¿Sí?
Pues agarro este pagel...

(*Cuando Buitrago va á echar mano al plato, giran con él y los cautivos las sillas en que estan sentados.*)

¡Ay Virgen santa! Las sillas
son perláticas tambien.

Cautivos. ¡Socorro!

Buitrago. ¡Que me mareo!

(*Gira otra vez la mesa sin cesar el movimiento de las sillas.*)

¿Otra vez la mesa? ¡Eh!
¡Ya basta!

Cautivos. ¡Piedad!

Buitrago. A tanta
costa no quiero comer.

(*Quedan inmóviles la mesa y las sillas.*)

¡Ah! Gracias á Dios, que ya
se me saltaba esta sien...
¡Largo de aquí!

(*Se levanta, y tambien los cautivos.*)

Cautivo 1.º Aunque supiera
morirme de hambre...

(*Buitrago se sienta en el sofá de la izquierda.*)

Buitrago. No sé
donde estoy.—¡Siento unos hipos
en el estómago; en el...
Aquí... La poca vitualla
que he comido... ¡Ay, san Mamés!—
me pesa como si fuera
plomo... Dadme hojas de Sen,
hipecacuana...

(*El vientre de Buitrago va tomando incremento hasta presentar un volumen prodigioso.*)

Cautivo 1.º Pues yo
diria, al contrario...

Buitrago. ¿Qué?

Cautivo 1.º Que, segun se hincha tu vientre,
has comido mas que diez.

Buitrago. ¡Calle! Es verdad. ¡Horrorosa
protuberancia! Deten
tu vuelo, ambiciosa panza.
¡Oh! Llegará á la pared
de enfrente.—¡Uf! ¡Triste de mí,
que ya no quepo en la piel! (*Se levanta.*)
¡Soy un mónstruo, un hipopótamo!...
¡Jesus! *¡Amplius laca me!*

¡Que me ahogo! ¡Uf! ¡Que reviento!
Hagan paso á este tonel.
(*Vase corriendo y los cautivos le siguen.*)

Salon corto.

ESCENA XXV.

ELVIRA.

¡Cuán breve ha sido mi triunfo!
¡Cuán pronto el astro se nubla
que falaz desvanecia
la noche de mi amargura!
Cuando sufria Gonzalo
reveses de la fortuna,
arrepentido lloraba
su ingratitud, sus injurias;
y apenas—¡ay Dios!—recobra
la nigromántica pluma,
que solo al cielo pedia
para labrar mi ventura,
el brillo de esa grandeza
fatídica le deslumbra
y al cebo de los deleites
que sus sentidos ofuscan
corre voraz, ignorando
que tal vez bajo la púrpura
del solio y bajo la planta
de venales hermosuras
el precipicio espantoso
que ha de tragarle se oculta.
¿Qué me importa el vano título
de emperatriz, qué la suma
potestad con que me brinda,
si el corazon me rehusa?
En él quiero yo reinar
cual soberana absoluta;
no en Bizancio, y con sus dones
mas que me halaga me insulta.

Yo le he visto ¡ay miserable!
suspirar por una inmunda
meretriz, y mis miradas
huir, y buscar las suyas,
y seguir al nuevo ídolo
con aparentes escusas,
sin ver las dolientes lágrimas
que mis párpados inundan.
¡Y aun le adoro! ¡Oh muerte, ven
á terminar mis angustias!
(*Siéntase con muestras del mayor abatimiento.*)

ESCENA XXVI.

ELVIRA. EL CONDE. MUSTAFÁ.

Mustafá. Aquí podeis esperar
mientras mi boca le anuncia
vuestro mensage.
Conde. Una sola
cautiva, aquí donde hay muchas,
vengo á pedirle.
Mustafá. Yo espero
que vuestros deseos cumpla;
que es cristiano, y nada niega
á los cristianos. Sin duda
revolucion tan estraña
dispuso Alá en su profunda
sabiduría, queriendo
dar castigo á nuestras culpas.

ESCENA XXVII.

ELVIRA. EL CONDE.

Conde. ¡Pobre Elvira! No la hacienda,
cuanta sangre en mí circula
diera en tu rescate.—¡Cielos!
¿No es ella? ¡Elvira!
Elvira. (*Levantándose.*) ¿Quién turba
mi soledad... ¡Santo Dios!

¡El conde!

Conde. Abrázame, y nunca
vuelva á separarnos.... Ven,
que el pudor no lo repugna.
¡Soy tu hermano!

Elvira. (*Abrazándole.*) ¡Vos mi hermano!
Bien me lo anunciaba oculta
simpatía....

Conde. (*Sacando el collar del acto primero.*)
¿Reconoces
este collar?

Elvira. Sí. La única
prueba con que yo esperaba
algun dia....

Conde ¡Oh dicha! Juzga
cuál seria mi sorpresa
viendo en esta miniatura
el retrato de mi padre.
El esplendor de su cuna;
ó, mas bien, preocupaciones
á que yo no hallo disculpa,
cuando viudo de mi madre
se enamoró de la tuya,
le hicieron,—¡Dios le perdone!—,
abandonarte en la cuna.
Despues las guerras continuas,
tal vez nuevas aventuras
galantes... Ausente yo
cuando descendió á la tumba,
ignoraba su secreto;
y cuando con carta suya,
en que todo lo declara
y encomienda á mi ternura
tu suerte, Beltran, su antiguo
criado, viene en mi busca,
te halla rendida á un desmayo,
ve el retrato, se apresura
á traérmelo... Yo vuelo
á tus brazos...; pero chusma
de corsarios berberiscos
te roba y rápida cruza
los mares... ¡Ay! yo creí

morir de dolor. Seis lunas
de puerto en puerto vagué
sin lograr noticia alguna
de tu existencia. Por fin,
halláudome en Siracusa
supe que fuiste vendida
al sultan; una falua
hago aprestar al momento,
y apenas la veo surta
en el puerto deseado,
raros portentos me anuncian
de un cristiano aventurero
que el trono á Selim usurpa.

Eleira. Y ese cristiano que asombra
á la muchedumbre turca,—
¿lo creyeras?— es Gonzalo.

Conde. ¿El que sin causa ninguna
te abandonó? ¿Tu supuesto
hermano....

Eleira. Sí; ¡y cuán injusta
para conmigo haya sido,
cuán aleve su conducta
no sabes tú aun!

Conde. ¿Qué dices!
Hoy le pedirá mi furia
satisfaccion....

Eleira. No hay derecho
para pedirla; que en suma,
si llora mi amor falsias
no aquejan á mi honra culpas.
¿Ni qué harian contra un hombre
cuyo poder sobrepuja
á todo poder humano?

Conde. Quizá á la acerada punta
de mi espada no resista
el talisman en que funda
su poder.

Eleira. Hirieras antes
este pecho que le escuda.
Aunque ingrato y desleal,—
con vergüenza lo articula
mi labio—, ¡yo le amo, ay triste!

Conde. ¡Oh flaqueza! ¡Oh desventura!
Y ¡qué! ¿á arrostrar su desprecio
quedarás....

Elvira. No. Ya mi fuga
está resuelta. Partamos....

Conde. Ven. La magestad augusta
de Felipe me confiere,—
¡tanto mi valor ilustra!—
el gobierno de Sicilia.
Rica allí, honrada y segura....

Elvira. Vamos. La ciudad atónita
que emperatriz me saluda
no osará atajar mis pasos.
Antes que amor me seduzca
con nueva ilusion fugaz
y débil muger sucumba
al baldon que me amenaza,
tú, á quien piadoso en mi ayuda
envia el cielo, ¡libértame
de mí misma!

Conde. Ven. Lo cura
todo el tiempo....

Elvira. Solo espero
curar mi mal en la tumba.

ESCENA XXVIII.

GONZALO.

Trono, riquezas, mugeres....
Hallar el fondo no pienso
de este magnífico, inmenso
oceáno de placeres.—
Mas sí le hallaré; sí tal,
porque no es tanto el calibre
del talisman que me libre
de un catarro pulmonal.
¡Vive Dios que es caso fuerte
temer al menor desliz....
Y cuanto soy mas feliz
mas asco tengo á la muerte.

Que muera sobre un rastrojo
cualquier pobre ganapan,
pase; pero ¡que un sultan
haya de cerrar el ojo!...
Perdí la pluma, y severo
el amigo Abenjabal
me puso de oro y azul
cuando pedí ser coplero.
De su rigor no me espanto,
que en verdad es necio ó loco
el que quiso ser tan poco
cuando podia ser tanto.
Si de la esperiencia tomo
ejemplo, es justo inferir
que debo al mago pedir
milagros de tomo y lomo.
¿Y qué pedirá un monarca
de mi pro como no pida
que no se atreva á su vida
la tijera de la parca?
No debe tomar á mal
este capricho, porque es
tan natural.... Ea pues;
(*Usando de la pluma.*)
yo quiero ser inmortal.

(*Huyesele la pluma de las manos, y en las paredes se trasparentan con fatídico movimiento variedad de vestiglos y otras apariciones infernales.*)

¡Voló! ¡La hemos hecho buena!
Quise enterrar á los siglos
y ya.... ¡Qué horrendos vestiglos!
¡Oh cuántas almas en pena!
Mal haya....

Voces dentro. ¡Muera Gonzalo!

Gonzalo. ¡Qué gritos!

Voces dentro. ¡Viva Selim!

Gonzalo. Aqui el diablo; allá un motin....
¡Malo, y remalo, y muy malo!
Fresco como una lechuga
quedo....

Voces dentro. ¡Muera el español!

Gonzalo. No me calienta otro sol

si no me salva la fuga.
(*Vase corriendo, desaparecen las visiones y las voces suenan cada vez de mas cerca.*)

ESCENA XXIX.

Voces dentro.

¡Por aqui!—¡Muera el traidor!
¡Viva el gran Selim!—¡Al palo
Gonzalo!—¡Muera Gonzalo!

ESCENA XXX.

SELIM. MUSTAFÁ. GENÍZAROS.

Selim. ¿Dónde estás, usurpador?—
Recorred todo el serrallo.
Ardo en furor vengativo.
Al que le halle, muerto ó vivo,
doy mil zequís y un caballo.
(*Vanse corriendo varios genízaros.*)
Tiemble el cristiano insolente,
pues ya Mahoma deshizo
á mis ruegos el hechizo
que heló mi brazo potente.
Del ánsia que me devora
víctima sea tambien,
no ya gala de mi harem,
esa cautiva traidora.
En horrenda esclavitud
sufra inhumana tortura
la que pagó mi ternura
con villana ingratitud.—
¿Mas á qué exhalo mi furia
en querella torpe y vana?
¡Seguidme y sangre cristiana
lave el borron de mi injuria!

Marina. Gonzalo aparece remando en una barquilla. Tempestad.

ESCENA XXXI.

GONZALO.

Vano ha sido apoderarme
de este miserable esquife
si cuando el mar amenaza
salir de su eterno linde
no hay muelle que me proteja
ni piloto que me guie.
No usados al duro remo,
ya desmayan—¡infelice
de mí!—los brazos, y presa
de tiburones horribles
pronto seré, ó alcanzado
por los barcos que me siguen....
(Cañonazos dentro.)
¡Oh! ya de sus altos muros
los Dardanelos despiden
fuego horroroso, y deshecho
irá sin tardanza á pique
mi frágil leño. ¿A qué aguardo?
El mar profundo me libre
de vil suplicio. ¡Encomienda
mi alma á Dios, sagrada Virgen!
(Se arroja al mar; un proyectil incendia al barquichuelo y el teatro se trasforma en un oscuro panteon.)

ESCENA XXXII.

BUITRAGO.

(Llega despavorido.

No me llega la camisa
al cuerpo. Si me descubren
los perros que me persiguen
espero que me estrangulen

sin mas forma de proceso.
Ya á su natural volumen
la gitana ha reducido
mi desaforado buche.
¡Oh si ahora me achicase
con su vara de virtudes
hasta poderme encerrar
en el mas mínimo estuche!
Sin duda ha perdido mi amo
la pluma fatal, pues huye
hostigado por los turcos;
y á mí, con ser tan inútil,
me alcanza la proscripcion
del nigromante archi-ilustre;
¡á mí, que nunca he gozado
de sus glorias, de sus dulces
devaneos!—No recuerdo
si nací en martes ó en lunes,
pero en hora muy menguada
me echó al mundo la que pudre.—
¡Qué silencio! Esta mansion
de los muertos me refugie
hasta ver si quiere el cielo
que se disipe la nube
y pueda escapar....

(*Música subterránea.*)

¿Qué escucho!
En son pavoroso y lúgubre,
música del otro mundo
ambos oidos me aturde.

Coro subterráneo.

¡Huye, profano!
¡Tiemble tu mano!
¡Calle tu voz!
¡Huye veloz!
Ten respeto al asilo—marmóreo
del difunto tranquilo—corpóreo.
¡No seas atroz!
¡Huye veloz! ¡Huye veloz!

Buitrago. Ya podeis desgañitaros.

cantando responsos fúnebres,
que no me iré de este sitio
aunque el demonio me espulse.
Vivir prefiero entre muertos,
aunque es mucha pesadumbre,
á morir entre los vivos.
(*Aparece un esqueleto y persigue á Buitrago.*)

ESCENA XXXIII.

BUITRAGO. EL ESQUELETO.

Esqueleto. ¡Huye, temerario, huye!
Buitrago. ¡Hola! ¿Es usted el portero
de estrados?—¡Qué olor á azufre!—
Ya me voy; si....
(*Quiere huir, y donde pone los pies se hunde el piso.*)
¡San Patricio!
El pavimento se hunde
bajo mis pies. ¿Qué quereis?
¿Que me vaya, ó me desnuque?

Coro.
¡Huye, profano!
¡Tiemble tu mano!
¡Calle tu voz!
¡Huye veloz!

Buitrago. ¡Huir! ¡Huir! ¿Y por dónde,
si temo caer de bruces
á cada paso que doy?
(*Probando á afirmar los pies.*)
¿A ver?—¡Paf!—¡*Idem*!—¡*Ejusdem*!

Coro.
¡Calle tu voz!
¡Huye veloz!

Buitrago. ¡Dale, dale! ¡Si no puedo....
¡Mala centella os sepulte
otra vez!
(*Húndese el esqueleto y vuelve á quedar firme el piso.*)

ESCENA XXXIV.

BUITRAGO.

Voces. (*Dentro.*) ¡Muera el cautivo!
Otras. ¡Por aquí!
Buitrago. ¡Santa Ildegundis!
Muertos y vivos me acosan
á porfia. ¡*El lignum crucis*
me valga!
Voces. (*Mas cerca.*) ¡Muera Buitrago!
Buitrago. ¿Quién ha dicho á esos gandules
cómo me llamo?—Ya llegan.—
Y ellos—¡nada!—no se escurren.

ESCENA XXXV.

BUITRAGO. MUSTAFÁ. GENÍZAROS.

Mustafá. ¡Ríndete, perro! (*Le sujetan.*)
Buitrago. *Agnus Dei*
qui tollis peccata mundi....
Mustafá. Arrojadle vivo al mar
y merienden los atunes
con su cuerpo.
Buitrago. No. ¡Qué error!
¡Si es imposible que gusten
de mi carne!... Huelo mal.
Mustafá. ¡Calle! ¡Al mar! Nadie le escuche.
(*Le levantan entre cuatro.*)
Genízaros. ¡Al mar!
Buitrago. Esto es hecho. ¡Válgame
la Virgen de Guadalupe!

El teatro representa el interior del palacio de Anfitrite. Arquitectura fantástica; fábrica maravillosa cuyos materiales son el nacar, el cristal, el oro, el diamante; su techumbre son las olas del mar entre las cuales nadan y juguetean infinidad de peces diferentes en figura, tamaño y colores. Anfitrite aparece en un trono tan magnífico y esplendoroso como la imaginacion mas poética pueda crearlo para servir de asiento á la diosa de los mares; Gonzalo á sus pies.

ESCENA XXXVI.

GONZALO. ANFITRITE. NEREIDAS. GENIOS MARINOS.

Anfitrite. Alza, español valeroso,
á los brazos de Anfitrite
donde tu seno palpite
en inefable reposo.
(Le hace levantar y sentarse á su lado.)
Gonzalo. Cuando esta vida de azares
ahogar en las ondas creo,
¿cómo en tu trono me veo,
alma Diosa de los mares?
Anfitrite. Bajo su rizada espuma,
bajo su cóncavo azul,
yo del mago Abenjabul
te doy la mística pluma.
(Se la ofrece.)
Gonzalo. ¿Para qué la quiero yo
si al mejor tiempo la pierdo?
La esperiencia me hace cuerdo.
No quiero aceptarla, no.
Anfitrite. No es ya tu peligro tanto,
pues de esa esperiencia arguyo
que solo á un deseo tuyo
de hoy mas cesará el encanto;
mas ¡ay de tí cuando veas
que huye la pluma y no vuelve!
O no la tomes...., resuelve,
¡ó mira lo que deseas!
Gonzalo. A las tres va la vencida.
Bueno es que el vaso se apure.

(*Toma la pluma.*)
Venga, y dure lo que dure.
Un dia de vida es vida.

Buitrago. (*En lo alto sin ser visto.*)
¡Que me ahogo!

Gonzalo. Ese gemido....

(*Se ve en lo alto á Buitrago que baja nadando.*)

¡Es Buitrago! ¡Él es sin duda!—
No temas. Ven....

Anfitrite. (*A las nereidas.*) Dadle ayuda.

(*Cae y las Nereidas le levantan.*)

ESCENA XXXVII.

DICHOS. BUITRAGO.

Buitrago. Aqui estoy porque he venido.—
¡Hola! ¡Bella mutacion!
¡Y tantas ninfas aqui....
Si antes en el mar caí,
caigo ahora en la tentacion.

Gonzalo. ¡Buitraguito!

Buitrago. ¡Oh don Gonzalo!
(*A Anfitrite.*)
Perdonad si hecho una sopa....

Anfitrite. Llevadle á mudar de ropa
y cuidad de su regalo.

Buitrago. ¿Cómo tan régia posada
despues del acerbo trago....

Gonzalo. Déjate querer, Buitrago,
pues que no te cuesta nada.

Buitrago. Pues vaya en gracia. Me entrego
á discrecion.
(*Acariciando á una Nereida.*)
¡Oh qué blando
talle! ¡Oh....

La Nereida. ¡Quieto!

Buitrago. Estoy nadando
todavia.... ¡Huy!—Hasta luego.

(*Vase dándole el brazo dos Nereidas.*)

ESCENA XXXVIII.

ANFITRITE. GONZALO, &c.

Anfitrite. Ahora en voluptuosa danza,
ante mi trono eternal,
festejad á vuestra usanza,
¡oh Nereidas! al mortal
que tanta ventura alcanza.
(*Baile mitológico.*)

Acto tercero.

INTERLOCUTORES.

ELVIRA.	MUSTAFÁ.
GONZALO.	LORENZO.
BUITRAGO.	JULIO.
ALDONZA.	ASCANIO.
EL CONDE.	UN CAPITAN.
ABENJABUL.	CUATRO DAMAS.
LA GITANA.	SEIS BRUJAS.
SELIM.	VARIAS VOCES.

Damas, caballeros, pages, genizaros, brujas, trasgos, mónstruos, soldados, músicos y danzantes.

CUADRO PRIMERO.

Interior de un campanario que deja ver á través de una corta galeria las torres y tejados de una iglesia. Es de noche. El lugar donde aparecen las campanas, que es el mas inmediato al proscenio, está oscuro; á lo lejos se descubre un celage sereno y estrellado.

ESCENA PRIMERA.

BUITRAGO. LA GITANA.

(*La Gitana está vestida de dama siciliana, y Buitrago con bata, gorro y chinelas. Entran de bracero por la derecha.*)

Buitrago. ¿Hay mas tramos que subir,
prenda mia?

Gitana. No. Bastantes

hemos subido.

Buitrago. Sí, á fé.
Reventado estoy.

Gitana. ¿Contaste
los escalones, bien mio?

Buitrago. Cuatrocientos diez, cabales.
¿Por qué me encaramas tanto?
¿Pretendes que tomen parte
en nuestro dulce jolgorio
vencejos y gavilanes?

Gitana. No, mas quiero en lo posible
á los cielos acercarte
para que sean testigos
de tus juramentos.

Buitrago. Hágase
tu voluntad, aunque creo
que no es adecuado trage
bata, chinelas y gorro
para esas solemnidades.—
Pero el cielo, amada prenda,
está donde tú te halles,
y para causar envidia
á tronos y potestades,
ángeles y serafines,
basta que tu cuello enlacen
mis brazos, y mas que sea
á la puerta de la calle.

Gitana. Tienes razon, pero aquí
se toma mejor el aire.

Buitrago. O yo he oido campanas
sin saber dónde, ó me traes
á un campanario.

Gitana. Es verdad.
Siempre tuve singulares
caprichos. Ya que por tí,
con mengua de mi linage
esclarecido, abandono
el palacio de mis padres,
yo que desprecié la mano
de condes y senescales;
pues doy una campanada,
resuelvo que sea en grande.

Buitrago. Conque ¿es cierto que me adoras?
Gitana. ¿Qué prueba pudiera darte
mas notoria y fehaciente
del amor que me inspiraste?
Buitrago. Segun eso, ¿opinas bien
de mi cara y de mi talle?
Gitana. No tal. Cuanto mas te miro
me pareces mas petate.
Buitrago. ¿Eh?... ¡Cómo ciega el amor!
Gitana. Pero hay ojos que...
Buitrago. Adelante.
Gitana. De legañas se enamoran.
Buitrago. Gracias. Eres muy amable.
Gitana. Sin duda de algun encanto
el misterioso vejamen
me perturba la razon,
Buitrago, y me fuerza á amarte.
Buitrago. (¡La pluma!)
Gitana. O me ha maldecido
alguna gitana.
Buitrago. ¡Diantre!
Dios te libre de sus iras,
porque algunas son capaces...
Una he conocido yo...
Mas de gitanas no se hable,
no aparezca la de marras
y dé con mi gozo al traste.
Ahora bien, Lisarda mia;
ya que hemos hecho este viage,
me parece una bobada
que lo hayamos hecho en balde;
y, pues me amas, lindo ó feo,
y aquí no nos mira nadie,
(*Queriendo abrazarla.*)
dame esos brazos...
Gitana. (*Deteniéndole.*) Espera,
que primero que me abraces
has de examinar de nuevo
mi palmito, á ver si vale
la pena de que por él
en fuego de amor te abrases.
Buitrago. Ya le he visto y me parece

bocato di cardinale,
y aunque no me pesaria
el volver á contemplarle,
ni aquí hay luz, ni es menester....

Gitana. Pues con todo, has de mirarme.
¡*Fiat lux!*

(*Sale una de la cabeza de Buitrago.*)

Buitrago. ¡Diablo! ¿Qué es esto?
Sobre mis orejas arde....
no sé qué.

Gitana. Mírame bien
ahora.

(*Desaparece el trage que disfrazaba á la Gitana y queda en el que antes vestia.*)

Buitrago. ¡Virgen del Carmen!
¡Excomulgada, ¿eres tú!

Gitana. ¿Pues qué pensabas, bergante?
¿Que dama tan principal
de un tuno se enamorase?

Buitrago. De menos nos hizo Dios,
y suelen ser tan fatales
para elegir las mugeres,
que algunas de altos solares
miran con desden á un príncipe
y transigen con un sastre.

Gitana. ¿Pensabas tú consumar
impunemente el ultrage
que haces á tu fiel Aldonza?

Buitrago. Con mil diablos y su padre,
¿qué tengo yo de comun
con esa vieja vinagre?
¿Por fuerza la he de querer?

Gitana. Yo no exijo que la ames,
sino que no ames á otra.

Buitrago. ¿Qué quieres! No soy de jaspe,
y en viendo dos ojos negros
me hago jalea y jarabe.

Gitana. Disciplínate y ayuna
cuando te tiente la carne.

Buitrago. Saludable es el consejo,
mas yo soy de otro dictamen.

Gitana. No es necesario que tú

te incomodes. Familiares
tengo á mis órdenes yo
que sabrán disciplinarte
de lo lindo.

Buitrago. ¡Por Dios, ten
piedad de este miserable
reverso!

Gitana. No, no es á mí
á quien debes humillarte.

Buitrago. ¿Pues á quien?

Gitana. A Aldonza.

Buitrago. ¡Nunca!

Gitana. ¿No? Pues atruene los aires
ronca tempestad sañuda
y paredes y pilares
aborten trasgos horribles
que te acosen y te espanten.

(*Fórmase en el foro un nubarron tempestuoso que se deshace en copiosa granizada entre relámpagos y truenos, y á través de las paredes aparecen visiones espantosas.*)

Buitrago. ¡Ay de mí! ¡Favor! ¡Socorro!
¡Canónigos! ¡Sacristanes!...
Nadie me oye. Echaré á vuelo
las campanas...

(*Al tocar una campana se convierten todas en brujas; otras salen de entre las paredes, y armadas de látigos persiguen y zurran á Buitrago. La Gitana desaparece.*)

ESCENA II.

BUITRAGO. BRUJAS. VISIONES.

Buitrago. ¡Virgen madre!
¿Dónde estoy? ¡Misericordia!

Brujas. ¡Zurra, zurra!

Otras. ¡Dale, dale!

Buitrago. ¡Basta!

Brujas. ¡Sopla! (*Apagan la luz.*)

Otras. ¡Duro!

Otras. ¡Leña!

Buitrago. ¡Adios, luz!—¡Brujas, dejadme!

¿Por donde me escaparé?

Brujas. ¡Zurra!

Buitrago. ¡Ay!

Brujas. ¡Zurra!

Buitrago. ¡Os!

Brujas. ¡Zurra!

Buitrago. ¡Zape!

¡Ah! ya he dado con la puerta.

Brujas. Corred, corred, no se escape.

(*Huye Buitrago por donde vino y las brujas le siguen.*)

Atrio corto. Luz del dia.

ESCENA III.

LA GITANA.

Mientras cumple Abenjabul
el destino de Gonzalo,
acabemos de apurar
la constancia de Buitrago.
Al rigor de su sentencia
pretende escapar en vano.
Ya por la escalera baja
poco menos que rodando,
y sacudiendo en sus lomos
el implacable zurriago
las brujas que le atormentan
ya con él llegan al atrio.

ESCENA IV.

LA GITANA. BUITRAGO. LAS BRUJAS.

Buitrago. ¡Teneos, que ya me doy
por muerto!

Una bruja. ¡No! Aun queda el rabo
por desollar.

Buitrago. ¿Qué linage
de brujas hijas del diablo

sois vosotras, que aun os veo
luciendo del sól los rayos?
Las que en mi tierra se estilan
solo tienen conciliábulos
en las sombras de la noche
por cima de los tejados
cuando los ladrones velan
y se acarician los gatos.

Gitana. Las brujas de que hablas tú
son brujas de tres al cuarto,
cuya mision en la tierra
es dar susto á los muchachos
y á las viejas. Estas son
brujas de grande espectáculo,
y hasta que el nombre de Aldonza
pronunciado por tus labios
en son dulce y amoroso
las conjure, sin descanso
te perseguirán.

Buitrago. ¡Estoy
como tres con un zapato!

Brujas. ¡Zurra, zurra!

Buitrago. ¡Ay!

Brujas. ¡Dale, dale!

Buitrago. ¿Otra vez?

Gitana. Basta de látigo.
Ahora recread su oido
con vuestro apacible canto.

Coro de brujas.

Si la mano no te da
tu fiel Aldonza,
ya verás que gerigonza
se armará.
¡Ah, ah, ah, ah!
Es mas vieja que Noé,
es muy pelleja,
pero ya solo una vieja
guarda fé.
¡Eh, eh, eh, eh!

Buitrago. ¡Callad, malditas de Dios!

Peor es esto que el vergajo.

Coro.

Pronuncie tu boca el sí,
mas sea pronto,
porque si te haces el tonto,
¡ay de tí!
¡Hi, hi, hi, hi!
Media hora de reló
te concedemos.
Acabemos, acabemos.
¿Si, ó no?
¡Oh, oh, oh, oh!

Buitrago. ¡Qué suplicio! Ambas orejas
con ambas manos me tapo. (*Lo hace.*)

Gitana. En pena de ese desaire,
sean tus orejas de asno.

Buitrago. ¿Eso mas?

(*Se realiza la metamorfosis indicada por la Gitana.*)

Pues dicho y hecho.
(*Tentándose las orejas.*)
Ya han crecido mas de un palmo.
¡Orejas de burro son!
¿Se hace esto con un cristiano?

Gitana. Bailad y hacedle bailar
hasta que eche los livianos.

(*Las brujas arman una danza diabólica zarandeando y pellizcando á Buitrago.*)

Coro.

Menos que ella vales tú.
Dale la palma
antes que cargue con tu alma
Belcebú.
¡Hu, hu, hu, hu!
Si brujas te hacen el bú,
pobre monago,
tú lo has querido, Buitrago,
tú, tú, tú.
¡Hu, hu, hu, hu!

Buitrago. (*De rodillas.*) ¡Ay! basta de zarandeos

y pellizcos y arañazos.
Me casaré con Aldonza,
y si quereis, con el diablo,
que al fin una sola bruja
no puede hostigarme tanto
como cuarenta.

Gitana. (*Haciéndole levantar.*) Ahora bien,
conducidle en vuestros brazos
á donde Aldonza le espera,
y Dios le haga bien casado.

Buitrago. (La mataré á pesadumbres,
ó no he de ser yo Buitrago.)

(*Cargan con él las brujas y se le llevan en volandas.*)

El teatro representa la cabeza de un colosal dragon con la boca cerrada.

ESCENA V.

ABENJABUL. (*En el proscenio.*)

Por via de descanso
á asuntos de mas miga y de mas peso,
á costa quiero holgarme de ese ganso
á quien trabuca mi gitana el seso
con estrañas visiones y vestiglos
que nunca vieron los pasados siglos,
y si algun Aristarco
de los que osan decir: *némine parco*,
con áspera censura
reprende este capricho por indigno
de mi augusta fatal magistratura,
responderé á ese crítico maligno
que si hay reyes que gustan de bufones
sin mancillar por eso sus blasones,
tambien pueden los magos y archimagos
divertirse con dueñas y Buitragos,
pues en la quiromancia y nigromancia
no hay ley que nos prohiba
á la diablura unir la estravagancia.

Mas ya con su grotesca comitiva
se acerca el susodicho.
¡Cuál su espanto será viendo este bicho!

ESCENA VI.

ABENJABUL. BUITRAGO. LA GITANA. BRUJAS.

Gitana. Aquí, Abenjabul insigne....
Buitrago. ¡Jesus, que horrorosa bestia!
Gitana. ¡Silencio!—Aquí, Abenjabul
insigne, el marido llega
que á mi protegida Aldonza
sacará por fin de penas.
Abenjabul. Que sea muy bien venido
y muy bien venido venga.
Buitrago. Señor mio, no es posible
que muy bien venido sea
el venido que ha venido
cuando ha venido por fuerza.
Gitana. Miente con toda su boca,
porque con toda su lengua
me dijo, siendo testigos
estas honradas doncellas,
que estaba pronto á casarse
con la consabida dueña.
Buitrago. Hubo coaccion moral
y física, hubo violencia,
y vapuleo y pellizcos,
y música ratonera.—
Pero ya dí mi palabra,
y pues no puedo romperla
sin esponerme á ser víctima
de esa coleccion de feas,
digo que me casaré
con voluntad ó sin ella.
Abenjabul. Eso es lo de menos, hijo.
Si para casarse fuera
requisito indispensable
esa frívola simpleza
que llaman amor, jamás
se casarian las viejas.

Pase pues el contrayente
adonde ufana le espera
la novia.

Buitrago. ¿Cómo demonios
he de pasar si me cierra
el camino ese dragon
con su espantosa cabeza?

Abenjabul. Aborto del negro abismo,
tú que á la hidra de Lerna
y á la serpiente Piton
en magnitud y en fiereza
escedes, abre al momento
la concavidad inmensa
de tus fauces.

(*Abrese la boca del dragon y dentro aparece sentada Aldonza entre espiritus infernales. En medio habrá un ara encendida en forma de trípode. De lo mas hondo salen llamaradas sulfúreas, y en derredor bullen y revolotean muchos diablillos y otras sabandijas.*)

ESCENA VII.

DICHOS. ALDONZA. DIABLOS.

Buitrago. ¡Santo Dios,
qué formidable caverna!
Esa boca ¿es por ventura
de algun ministro de hacienda?
¡Llamas.... y diablos... y entre ellos
sentada sobre una muela
la temeraria muger
que en serlo mia se empeña!
¿Ese estrado habeis dispuesto
para celebrar la fiesta?

Aldonza. (*Levantándose.*)
Entra, no temas, que todos
son amigos mios; entra,
bien de mi vida.

Buitrago. ¿Quién es
ese trasgo de siniestra
catadura...

Aldonza. Mi padrino.

Buitrago. Preciso es que el diablo sea
padrino de tales bodas.—
La gentuza que le cerca...
Aldonza. Son los testigos.
Buitrago. ¿Y el cura?
Aldonza. No se usan por esta tierra.
Sobre esa inflamada trípode
harás la nupcial promesa.
Buitrago. O no me caso, ó me caso
como lo manda la iglesia
romana. Yo soy católico...
Abenjabul. Dejémonos de pamemas
y adentro.
Brujas. (*Empujándole.*) ¡Adentro!
Buitrago. ¡Piedad!
Aldonza. (*Recibiéndole en sus brazos.*)
¡Ven aquí, adorada prenda!
Buitrago. ¡Diablos, llevadme vosotros
y no me lleve la dueña!

(*Horrible guirigay de los diablos de dentro y las brujas de fuera, y todos entran en la boca del dragon siguiendo á Abenjabul y á la Gitana.*)

Telon de bosque. Es de noche.

ESCENA VIII.

SELIM. MUSTAFÁ. GENÍZAROS.

Selim. Por esta parte parece
mas espugnable la plaza,
y pues hemos conseguido
tomar tierra en esa playa
con las sombras de la noche,
tan negras como mi saña,
y hasta el ruido de las olas
que de la mar irritada
vienen en raudo tropel
á estrellarse en la muralla
favorece nuestra empresa,

ó antes que amanezca el alba
ha de ondear en Mesina
la media luna otomana,
ó no quede un musulman
que no muera en la demanda.

Mustafá. Segura es nuestra victoria.
En la necia confianza
de sus fuertes torreones
duerme la turba cristiana
sin sospechar que tan cerca
vela la hueste contraria.
Señor es hoy de Mesina
y de toda su comarca
ese alevoso Gonzalo
objeto de tu venganza.
No es la noble profesion
de la guerra la que inflama
su corazon, ni á su brazo
es grato peso la lanza.
En ocio muelle se entrega
á amores, festines, zambras,
y cobardes ó venales
los que á nombre suyo mandan,
ó el oro tuyo los compra
ó tu nombre les espanta.
Y donde el caudillo duerme,
¿qué brio, qué vigilancia
opondrán á tu denuedo
esas tropas mercenarias?
Ni es de temer que en tu daño
hoy los hechizos le valgan
con que permitió el profeta
que un dia nos humillara.
La hora va pronto á sonar,
si el sabio Osman no te engaña,
y nunca vi desmentidos
sus presagios—, en que caiga
para siempre ese poder
de que orgulloso se jacta;
y cuando sus flacas manos
en la sangrienta batalla
á falta del talisman

osen requerir la espada,
antes que pueda blandirla
caerá vencido á tus plantas.

Selim. Ni su talisman me aterra
ni lo que Osman me presagia
daria á mi corazon
mas ardimiento que el ansia
de vengarme. ¡Oh si en mis manos
cayese tambien la ingrata,
pérfida Elvira! ¡Qué gozo,
qué deleite para mi alma
si de rodillas la viese
y vertiendo un mar de lágrimas
pedirme en vano la vida
del cristiano que idolatra,
y de su lento suplicio
la hiciese contar mi rabia
los dolorosos momentos!
Congojosa, despechada
me pediria por última
merced, por única gracia
el placer de acompañarle
á la tumba solitaria,
y yo la responderia:
vive, vive, desgraciada,
para ser, mal de tu grado,
esclava de mis esclavas.

Mustafá. ¿Tanto, señor, la aborreces?

Selim. ¡Ay Mustafá! ¡La adoraba!....
Y ¡oh flaqueza! todavía
con una tierna mirada
quizá sus divinos ojos
esta diestra desarmaran.
Mas ¿qué digo? No. ¡Mentí!—
Nunca vuelvas á nombrarla.

Mustafá. Yo, gran señor...

Selim. ¿Qué me importa
esa muger?... La venganza
es ya mi única pasion.
Volvamos adonde aguardan
la señal para el asalto
mis soldados. Las escalas

preparemos, y las haces,
y las teas incendiarias,
y de su torpe letargo
la incircuncisa canalla
despierte al ronco fragor
de mis victoriosas armas.

Grandioso salon iluminado. Al foro un elegante gabinete cerrado. Al principiar la escena se concluye un suntuoso banquete. Todos y todas beben sin tino. Voluptuosa confusion.

ESCENA IX.

GONZALO. LORENZO. ASCANIO. JULIO. DAMAS Y CABALLEROS, PAGES, MÚSICOS.

Cancion báquica.

Coronemos de mirtos y pámpanos
al amador,
al bebedor.
Solo goza el que vive en la crápula;
solo vive el que muere de amor.

Reir entre las bellas,
dormir entre botellas,
¡qué plácido destino!
¡qué gloria y qué placer!
Mal haya una y mil veces
licor que cria peces.
Al hombre alegra el vino
y el hombre á la muger.
Coronemos &c.

Morena, en tí me abraso;
zagal, llena ese vaso.
La niña y la garnacha
me escitan á la vez.
Ya un sorbo y otro sorbo
me van poniendo corbo.

¡Un trago... de muchacha!
¡Un beso... de Jerez!
Coronemos &c.

Lorenzo. Brindemos á la hermosura
de las damas de Sicilia.
Julio. ¡A los ojos de Cecilia!
Ascanio. ¡Al amor!
Gonzalo. A la locura,
que allí la ventura empieza
donde acaba la razon
y no goza el corazon
si trabaja la cabeza.
Una dama. ¡Qué discreto!
Otra. ¡Qué gracioso!
Otra. ¡Qué bizarro!
Otra. ¡Qué galan!
Ascanio. (*Aparte á Lorenzo.*)
Al cielo le ensalzarán
mientras sea dadivoso.
Gonzalo. El bien está en la mudanza.
Cámbiese ahora la escena
y á la magnífica cena
siga bulliciosa danza.
Otro espléndido salon
preparado encontrareis,
y otros cuatro y otros seis
con igual ostentacion.
No haya tregua á la alegria.
Lámparas de oro y marfil
con mil luces y otras mil
suplan al astro del dia,
y si con grato beleño
al fin el placer os rinde,
con nuevos goces os brinde
en sus deliquios el sueño.
Id, bellas damas; ya os sigo.
Acompañadlas, Ascanio,
Julio, Camilo, Epifanio...
Quédate tu, caro amigo.

ESCENA X.

GONZALO. LORENZO. PAGES.

(*Los pages van á retirar la mesa.*)

Gonzalo. ¿Qué vais á hacer, temerarios?
Dejad la mesa. ¿No veis
que aun no ha bebido Lorenzo
todo lo que ha menester?
Lorenzo. Sí tal, que ya mi cabeza
es la torre de Babel;
pero si Chipre y Salerno
no han apagado tu sed
y quieres que sea yo
tu cómplice, lo seré,
que á quien debo mi fortuna
¿qué puedo negar?
Gonzalo. Pues bien;
apuremos otra copa
de este néctar.
(*Los pages escancian; Gonzalo bebe, y Lorenzo figura beber derramando luego la copa con disimulo.*)
Lorenzo. Venga pues.
(La cordura me aconseja
regar el suelo con él.)
Gonzalo. Vuestro Chipre es una pócima
que no se puede beber,
vuestro Salerno un brebaje
empalagoso...
Lorenzo. Asi es.
(Llevémosle la corriente.)
Gonzalo. Y aunque tanto la alabeis,
vuestra Malvasía es agua
de cerrajas, ¡voto á quien!
Lorenzo. No lo niego.
Gonzalo. Desde el cabo
de Trafalgar hasta Suez,
desde Londres á la China,
desde el Perú á Tremecen,
digo y juro que no hay vino

como el vino de Jerez.

Lorenzo. A fé de buen bebedor
soy del mismo parecer.

Gonzalo. Pues pruébamelo... probando
esta otra copita.

Lorenzo. Amen.
(*Vuelve á hacer lo de antes.*)

Gonzalo. Hablemos ahora como hombres
de juicio.

Lorenzo. (Sí; Dios le dé.)
Hablemos.

Gonzalo. A fuer de amigo
tan discreto como fiel,
Vas á ser depositario
de un secreto... Ya podeis
esa mesa retirar.

(*Los pages obedecen dejando despues solos á Gonzalo y á Lorenzo.*)

Lorenzo. (¿Secreto? ¿Cuál puede ser?)
Habla: nadie nos escucha.

Gonzalo. Dirás que es una sandez
lo que voy á revelarte...

Lorenzo. Yo me guardaré muy bien
de decirlo.

Gonzalo. ¡Oye y admírate!

Lorenzo. Vaya.

Gonzalo. Aqui donde me ves,
Lorenzo;... ya estoy cansado
de ser hombre.

Lorenzo. ¡Tú! ¿Por qué?
No es posible... (Hizo su efecto
el jerezano.)

Gonzalo. Tal vez
creerás que el licor trastorna
mis sentidos y no sé
lo que me digo.

Lorenzo. (Sí creo.)
No puedo yo suponer
que hombres como tú sucumban
al vicio de la embriaguez;
pero quizá te chanceas...

Gonzalo. ¿Chancearme? Por la fe

de caballero te juro
que miro ya con desden,
con hastío mi existencia,
y la daria á Luzbel
si no tuviése esperanza
de mejorarla.

Lorenzo. Pardiez,
si tú no vives contento
siendo tanto tu poder,
¿quién podrá sobre la tierra
llamarse dichoso, quién?

Gonzalo. Menguada filosofia
es la tuya si no ves
que de ese poder inmenso
nace el vacío cruel
de mi alma.

Lorenzo. (Raros caprichos
tiene el vino.)

Gonzalo. A mi querer
sumisos los elementos
quebrantan su eterna ley;
con imperiales diademas
he ceñido ya mi sien;
princesas y semidiosas
han suspirado á mis pies;
en todo el orbe temido
y admirado por do quier,
he gozado en hacer mal,
he gozado en hacer bien;
ora en suntuoso palacio,
ora en ameno vergel,
he bebido hasta saciarme
en las fuentes del placer.
¿Y qué sacamos en limpio
de este espléndido oropel?
Que sobre mi fragil vida
pasa un mes, pasa otro mes,
y hoy soy Gonzalo, y mañana
seré Gonzalo, y ayer
fui Gonzalo, y siempre el mismo,
y nunca llegan á seis
mis sentidos corporales,

y nunca pasan de tres
las tres potencias del alma.
Esta es mucha pesadez,
Lorenzo. Quiero sentir,
quiero gozar, quiero ver
de otra suerte. Hombre, y mas hombre,
y hombre, y morlés de morlés...
Te afirmo á fé de quien soy
que no sé cómo Noé
pudo vivir tantos años
y tantos Matusalen,
¡y hombres siempre al acostarse
y hombres al amanecer!

Lorenzo. Tú estás loco, ó te ha pegado
el esplin algun inglés.
Si de ser hombre te cansas,
¿qué diablos pretendes ser?

Gonzalo. Suponiendo que el ser hombre
te fatigase tambien,
¿qué serias tú, Lorenzo,
si te dieran á escoger?

Lorenzo. Si no temiera la suerte
del que derribó Miguel,
á no ser hombre quisiera
ser otro Dios.

Gonzalo. ¡Y despues
querrias echar del cielo
al que *ab initio* lo fue!
Yo no soy tan temerario;
pienso con mas madurez;
y pues no puedo ser Dios,
quiero... ¡quiero ser muger!

Lorenzo. ¿Qué oigo! (Ya no hay duda. Está
borracho como un tonel.)

Gonzalo. Se entiende; muger hermosa,
joven, caprichosa... ¿Eh?
¿Concibes tú las delicias
que me esperan en tropel
cuando adorada me vea
de cien galanes y cien,
y este me ofrezca tesoros,
y otro su verde laurel

ponga á mis plantas, y esotro
con melosa languidez
suspire por mis ojuelos,
y ande á estocadas aquel
porque me miró fulano
ó porque afable y cortés
á mengano ha sonreido
mi boquita de clavel?
Y yo dengosa y mimosa...,
displicente alguna vez,
y guardando en mis antojos
un discreto ten con ten...
¡Oh!... A este quiero, á este no quiero...
¡Oh! ya se me hace una miel
la boca. ¿Por qué retardo
tan sublimado placer?
A tí, Lorenzo del alma,
á tí, garrido doncel,
á tí, que esta metempsicosis
venturosa vas á ver,
de mi corazon amante
las primicias guardaré.

Lorenzo. Mil gracias. Yo no soy digno
de tan singular merced.

Gonzalo. Apenas mueva la pluma
verás huir de mi tez
la adusta y áspera barba,
y mi cabello crecer,
y afrentar al terciopelo
la suavidad de mi piel,
y mis brazos varoniles
adquirir la morbidez
femenina, y mis megillas
semejar al rosicler
de la aurora, y reducirse
á cinco puntos mi pié,
y tomar mi voz el tono
del violin ó el *flageolet*,
y vestirme por ensalmo
las enaguas y el corsé.—
Ea, manos á la obra.
(*Usando de la pluma.*)

¡Quiero volverme muger!

(*La pluma da un estallido y desaparece; brama el huracan y apáganse todas las luces; las paredes, las columnas, toda la arquitectura de la sala se cubre de negro.*)

¡Adios!... ¡Buena la hemos hecho!

Lorenzo. ¡Qué horror!

Gonzalo. *¡Ite, missa est!*

Otra vez voló la pluma.

Una voz. (*Subterránea.*) ¡Y por la postrera vez!

Lorenzo. ¡Huyamos!

(*Vase por la puerta del foro.*)

ESCENA XI.

GONZALO.

Gonzalo. ¡Perdido soy!

La voz. ¡Y sin recurso!

Gonzalo. ¡Cruel destino!

(*Dirigiéndose á la puerta del foro, la cual queda tapiada cuando va á tocarla.*)

Por aquí estaba la puerta...

(*Tentando.*)

¡Todo es pared!

Voces. (*Dentro.*) ¡Traicion! ¡Traicion!

Otras. ¡A las armas!

Otras. ¡Que nos asalta el infiel!

(*Cañonazos, fusilería, confuso clamoreo.*)

Gonzalo. ¡Eso mas!

Voces. ¡Huyamos! ¡Sálvese el que pueda!

Gonzalo. ¿No hallaré la puerta?...

Otras voces. ¡Viva Mahoma!— ¡Guerra!—¡Fuego!—¡No hay cuartel!

Voces. ¡Piedad! (*Vuelve á aparecer la puerta.*)

Gonzalo. Ya la tiento. ¡Huyamos!

(*La puerta desaparece al querer abrirla Gonzalo, y se presenta en su quicio un mónstruo infernal rodeado de llamas.*)

¡Cielos! Llegó mi postrer
instante. ¡Misericordia,
Dios mio!... Yo muero.
(*Cae sin sentido: el mónstruo desaparece.*

ESCENA XII.

GONZALO, *desmayado.* SELIM. MUSTAFÁ. GENÍZAROS.

(*Algunos genízaros traen antorchas encendidas.*)

Selim. ¡Él es!
Perdon ya á los que se rindan;
á todos ¡menos á él!
Si murió, perros hambrientos
en medio al vulgo soez
le despedacen; si vive,
ignominioso cordel
le amarre, y en la mas lóbrega
mazmorra rabie de sed
y de hambre mientras apuro
de mi venganza la hiel
y prolongo en su agonía
las horas de mi placer,
preparándole suplicios
que no inventara Luzbel.
(*Parte de los genízaros con Mustafá se llevan á Gonzalo, que no da señal de vida: los demas con Selim vanse por otro lado.*)

CUADRO SEGUNDO.

Interior de una tienda de campaña.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA. EL CONDE.

Conde. Por amor de nuestro padre
te suplico y por aquella
cuyos maternos halagos
te arrancó avara la huesa,
que no quieras arrostrar
los azares de la guerra.
Vuélvete, Elvira, á Palermo,
que breve será mi ausencia;
pues contra viles corsarios
no es dudosa la pelea,
si el peligro, aunque remoto,
á que una pasion te lleva
no es rémora de este brazo
que nunca en las lides tiembla.
Vuélvete á Palermo, Elvira.

Elvira. ¡Que yo á Palermo me vuelva
cuando en tenebrosa cárcel
bárbaro suplicio espera
Gonzalo, si ya ¡ay de mí!
no fue víctima cruenta
del airado sarraceno!
¡Que yo sosegada duerma
lejos del armado muro
en cuyas altas almenas
pudiera mi tierno hermano
comprar la victoria incierta

con su sangre! Nada son
los peligros que me cercan
comparados al martirio
de la incertidumbre horrenda
en que habria de vivir
separada de las prendas
que mi corazon adora.

Conde. ¡Y tanto el amor te ciega,
pobre hermana! ¿Y es posible,
despues de tantas ofensas,
que á ese fementido ingrato
todavia no aborrezcas
cual merece? Desde el dia
en que á sus artes perversas
debió el ser dueño absoluto
de estas fértiles riberas,
¿acaso le has merecido,
no diré amor, pero muestras
de hidalgo agradecimiento,
de cortesía siquiera?
Ni se ha cuidado tal vez,
tanto es lo que te desprecia,
y cuando tan pocas millas
la tuya y su residencia
separan, ni se ha cuidado
de saber si es viva ó muerta
la muger sin cuyo auxilio
el infame hoy no viviera.

Elvira. Por Dios, conde, no le injuries,
que aunque mi rubor confiesa
que tu encono justifica
su infame correspondencia,
los dardos que le disparas
el corazon me laceran.
No puedo, flaca muger,
luchar yo contra mi estrella.
He nacido para amarle:
¡fuerza es que amándole muera!

Conde. ¡Y él, siendo oprobio y escándalo
de Sicilia en sus obscenas
bacanales, halagaba
á mercenarias bellezas,

escarneciendo quizá
tu constancia y tu modestia!

Elvira. ¿Qué importa? El era feliz
á lo menos. Esta idea
mitigaba mi dolor;
y ya que la suerte adversa
me negaba el privilegio
de embellecer su existencia,
no quise yo funestar
sus placeres con mis quejas.
Mas hoy que gime cautivo
vengo á romper sus cadenas,
aunque á precio de la suya
si fuere preciso venda
mi libertad, aunque compre
con la sangre de mis venas
su vida; ¡y mas que otra vez
me desprecie y me escarnezca!

Conde. No seré yo, fiel custodio
de tu honra, quien consienta
delirios de una pasion
que me aflige y avergüenza.
Para salvar á Gonzalo
pídeme toda mi hacienda,
aunque de emplearla mal
los cielos me tomen cuenta;
mas ora acepte, ora esquive
el agareno mi oferta,
solo muerto ó victorioso
me apartaré de esa arena,
y no sufriré, lo juro,
otro pacto que no sea
abandonar á Mesina
ó rendirla á mis banderas.

Elvira. No culpo yo tu virtud,
aunque imitarla no sepa,
pero ¿que yo sobreviva
á Gonzalo? ¡Oh! no lo creas.
Culpa en buen hora....

Buitrago. (*Dentro.*) ¡Ha de de casa!

Elvira. Esa voz....

Buitrago. (*Entrando.*) ¡Ha de la tienda!

ESCENA II.

ELVIRA. EL CONDE. BUITRAGO. ALDONZA.

Elvira. ¡Buitrago!—¡Aldonza!
Aldonza. (*Abrazándola.*) ¡Señora!
Buitrago. ¡Señorita!... ¡Qué sorpresa!
Aldonza. ¿Qué ha sido de tí, hija mia,
en tan dilatada ausencia?
Elvira. De mis desdichas, Aldonza,
larga ha sido la carrera.
Aldonza. ¿Es el conde mi señor
tu esposo?
Elvira. El cielo lo ordena
de otra suerte.
Conde. Soy su hermano.
Aldonza. ¡Válgame Dios! ¿Quién creyera
que llegando sin saber
cómo ni cuándo á la puerta
de esta tienda de campaña
habia de ver en ella....
Conde. Pues te dejo, hermana mia,
en compañia tan buena,
permite que á los deberes
de mi honroso cargo atienda.
Pronto volveré á tu lado.

ESCENA III.

DICHOS *menos* EL CONDE.

Elvira. ¡Qué de vanas diligencias
he practicado en tu busca,
pobre Aldonza!
Aldonza. Desde aquella
hora menguada en que fuiste
robada por la caterva
de moriscos, que fue sorda
á mi llanto y mis querellas,
me ha tenido á mí encantada
una gitana hechicera.

Elvira. ¿Qué dices!

Aldonza. Mientras en una
especie de carretela
te llevaron desmayada
á correr mares y tierras,
la trompa de un elefante
descomunal hizo presa
de mi individuo, y despues
de mil lances de tragedia
que recuerdo como en sueños,
porque todas las potencias
me tenia secuestradas
del encanto la influencia,
hoy vuelvo á mi ser y estado
natural—¡cosa como ella!—
en los brazos de Buitrago,
sacando por consecuencia
que una bestia me llevó
y me ha traido otra bestia.

Buitrago. ¡Bestia á mí!.... Pero bien dice,
que merece albarda y media,
porque una es poco, y comer
paja y cebada y avena
y alfalfa el necio que ¡ay Dios!
se casa con una vieja.

Aldonza. ¡Con una vieja! ¿Quién es
la venturosa....

Buitrago. ¡Esa es buena!
Me has perseguido de muerte
hasta conseguir mi diestra:
te han servido de auxiliares,
brujas, demonios, culebras,
túmulos, torres, canastos,
fantasmas, buitres, cisternas,
¿y ahora me sales con eso!
Mal nacida, ¿no recuerdas
que por librarme de tí
te rebané la cabeza,
y resucitaste luego
para ser ¡ay! mi perpétua
pesadilla? ¿Has olvidado
que ahora, hace poco, en la negra

boca de un dragon....

Aldonza. ¿Qué dices!
Tú deliras.

Buitrago. ¿Con que niegas
que eres mi muger legítima,
aunque puedes ser mi suegra?

Aldonza. Sé que un dia ¡pecadora
de mí! tuve la flaqueza
de anhelar tu tosca mano,
y aunque tanto me detestas,
todavia.... ¿Qué se yo?...
Tal vez.... ¿Pero hablas de veras?

Buitrago. Sí, Aldonza; sino á la faz
de Dios, del mundo y la iglesia,
á la del diablo, que cargue
contigo, eres.... Esto es, eras
mi muger; pero pues ya
se disipó como niebla
el hechizo, me retracto
de la conyugal promesa.

Aldonza. ¡Ingrato!—¡Cruel gitana,
vuélveme á encantar siquiera
por un par de dias!

Elvira. (Si algo
pudiera aliviar mis penas,
mucho me divertiria
su ridícula contienda.)

Aldonza. Intercede tú por mí,
Elvira. Si no, se queda
el diablo por embustero.

Elvira. Si Buitrago te desdeña
es porque ignora sin duda
las recomendables prendas
que te adornan, y que yo
quiero ser madrina vuestra,
y me encargo de dotarte
si la boda se celebra
con mil ducados en oro,
ropa blanca y casa puesta.

ESCENA IV.

BUITRAGO. ALDONZA.

Buitrago. (¡Mil ducados, ropa blanca,
puesta la casa y &c.!)
¿Sabe usted, señora Aldonza,
que asi, mirada de cerca,
no es usted saco de paja?
Aldonza. ¡Bien dicen: todo lo enmienda
un buen dote! Hace un momento
que se hacia usted de pencas,
señor Buitrago, ¡y ahora
se ha convertido en manteca!
Buitrago. Es que, como tengo aun
trabucada la cabeza
con el coro de las brujas
y aquella infernal escena,
no habia yo reparado
lo rozagante y lo fresca
que está usted, y de ese talle
la graciosa gentileza,
y ese mirar.... (¡Dios me libre!),
y ese reir.... (¡Dios me tenga
de su mano!), y ese hoyuelo
del carrillo....
Aldonza. ¡Oiga! ¿De veras?
Buitrago. En qué me dice el amor....
(que hay dentro escasez de muelas.)
Aldonza. ¿Qué dice el amor?
Buitrago. Que haremos
los dos dichosa pareja
si otorgas tu blanca mano
á quien suspira por ella.
Aldonza. Para eso es indispensable
que me la pidas en regla.
Buitrago. ¿De qué modo?
Aldonza. De rodillas.
Buitrago. Si he de hacer la penitencia
antes que el pecado, ¡vaya!
(*Se arrodilla.*)

¿Quieres... (¡Mal lobo te muerda!)
ser mi dulce esposa?

Aldonza. Quiero.

Buitrago. Pues dame esa mano.

Aldonza. (*Presentándosela.*) Besa.

Buitrago. ¡Oh delicia! (Es un manojo
de sarmientos.)

Aldonza. Alce y venga
á mis brazos.

Buitrago. (*Abrazándola.*) (¡Hum!...) ¡Qué esceso
de bondad!... (¡Maldita seas!)

Buitrago. Ahora busquemos á Elvira
y pidámosla su venia.

Buitrago. ¡Dichoso yo.... (si soy viudo
antes de un mes.) Vamos, perla.

Oscura mazmorra. Aparece Gonzalo cargado de grillos y cadenas y amarrado á un poste.

ESCENA V.

GONZALO.

¡Pese á mi vida fatal,
que aunque la aborrezco esclava
ningun tormento la acaba!
¿Soy por ventura inmortal?
Carceleros inhumanos,
si hacerme morir os plugo,
no habeis menester verdugo.
¡Dejadme libres las manos!
¡Oh qué horroroso momento
aquel en que la venganza
de Dios mata la esperanza
y engendra el remordimiento!
¡Ay de mí! No echo de menos
las grandezas que perdí
cuando presa gimo aqui
de enconados sarracenos.

No supe nunca poner
límites á mi deseo
en medio á tanto trofeo
y á tanto vano placer.
Aqui, en la India, en Bizancio
todo á mi poder cedia,
mas ¡cuán breve la alegria
y cuán prolijo el cansancio!
Soñaba en mi oscura aldea,
mal hallado en su reposo,
què es el hombre mas dichoso
quien logra cuanto desea.
Hoy de tantos devaneos
me enseña el recuerdo fiel
que el mas feliz es aquel
que tiene menos deseos.
¡Elvira!... ¡Qué infame fui!
Angel de amor sin segundo,
¿qué faltaba en este mundo
al que era amado de tí?
¡Cuál yerra y cómo se ofusca
quien tiene en su casa el bien,
y le mira con desden,
y fuera de ella le busca!
¡Y ahora siento que te adoro,
y ahora por tu amor suspiro
cuando en vano ¡ay cielo! aspiro
á mi olvidado tesoro!—
¡Miserable! ¿qué profiero?
Sé yo, mil veces ingrato,
si este deseo insensato
es por ventura sincero?
¿No me tentará Satán
á serla otra vez traidor
si vuelvo á ser poseedor
del funesto talisman?

ESCENA VI.

GONZALO. ABENJABUL.

(El poste se abre de improviso y aparece Abenjabul. Las prisiones de Gonzalo se rompen y desaparecen.)

Abenjabul. Aun le puedes recobrar,
Gonzalo, si, como creo,
deseas lo que deseo
que aciertes á desear.

Gonzalo. ¿Qué ven mis ojos! ¿Tú aquí,
autor de todos mis males?
Huye, huye de estos umbrales.
No quiero nada de tí.

Abenjabul. Tronera, atiende á razones.
Cuando el talisman te dí,
¿acaso te prometí
que no tendrias pasiones?
¿No era tu albedrío libre?
¿Es justo que asi me trates
porque has hecho disparates
de tan robusto calibre?
¿Por qué ¡voto á las estrellas!,
en lugar de tantos vicios,
no has fundado diez hospicios
y dotado cien doncellas?—
Pero vamos al asunto.
Mira bien lo que me pides,
y que si ahora me despides
mañana serás difunto.

Gonzalo. Vete. Deja que mi suerte
se cumpla. Ya estoy cansado
de vivir. A un desdichado
no impone terror la muerte.

Abenjabul. Con cinco lustros, no mas,
¿quieres morir, y en un palo!
Ó tú has bebido, Gonzalo,
ó estás dado á Barrabás.
¡Morir aqui como un chino,
sin cura que te confiese!

Muchos has hecho, pero ese
será el mayor desatino.
¡La vida te causa tedio!
¿Y no sabes—¡oh demencia!—
que peligra otra existencia
si á tí te quitan de enmedio?
Con ser tan gran calavera,
con ser tanta tu falsía,
¿sabes tú si hay todavia
una tonta que te quiera?

Gonzalo. ¡Ah! ¿Será la tierna amiga
que.... Mas no lo creo, no.
Tan solo merezco yo
que su labio me maldiga.

Abenjabul. Pero, en fin, ¿te pesaria
de que ella fuera dichosa?

Gonzalo. ¡Jamás!

Abenjabul. ¿Y llamarla esposa...

Gonzalo. No soy digno...

Abenjabul. ¡Boberia!
Digno, ó no digno, ¿quisieras
unirte en casto himeneo
con Elvira?

Gonzalo. ¡Ah! Lo deseo...

Abenjabul. Gonzalito, ¿hablas de veras?

Gonzalo. Maldito muera de Dios
si miento.

Abenjabul. Vamos andando.
¿Y qué quieres para cuando
esteis casados los dos?

Gonzalo. Vivir para ser su esclavo
y adorarla; hé aqui mi anhelo,
mi gloria.

Abenjabul. ¡Gracias al cielo
que una vez diste en el clavo!
¡Tan audaz y tan sereno
para desear lo malo,
y tan rebelde, Gonzalo,
para desear lo bueno!
Pero al fin, sino al principio,
has sido hombre de razon.
(*Dándole la pluma.*)

Toma, pues, bobalicon,
¡y ánimo! No pierdas ripio.

Conzalo. Venga. A mi palabra fiel,
pues corregido estoy ya,
el talisman te dirá
que no soy indigno de él.—
Caiga en súbito destrozo,
sin peligro de mi vida,
la fábrica denegrida
de este horrible calabozo,
y desde anchurosa plaza,
por el cristiano aguerrido
vea yo á Selim vencido
y á todos los de su raza.

(*Las paredes y techo del calabozo se desploman, quedando en su lugar una magnífica y espaciosa plaza. Los turcos la atraviesan en varias direcciones perseguidos por los cristianos.*)

ESCENA VII.

GONZALO. ABENJABUL. SELIM. MUSTAFÁ. GENÍZAROS. SOLDADOS CRISTIANOS.

Mustafá. ¡Huyamos, hijos de Agar!
Soldados cristianos. ¡Muera el sarraceno inmundo!
Otros. ¡Viva Felipe segundo!
Selim. (*Peleando en retirada.*)
¡Oh furor!
Genízaros. ¡Al mar! ¡Al mar!

(*Todos los musulmanes huyen seguidos por los cristianos. Llega con otros soldados el conde.*)

ESCENA VIII.

GONZALO. ABENJABUL. EL CONDE. SOLDADOS.

(*Gonzalo y Abenjabul se retiran á un lado.*)

Conde. Dad cuartel al que se rinda,
y á Castilla parabienes.
Gonzalo. (*Usando de la pluma.*)

¡Elvira mia...

Abenjabul. Ahí la tienes
tan amante como linda.

ESCENA IX.

DICHOS. ELVIRA. ALDONZA. BUITRAGO PUEBLO.

Elvira. La fuga del mahometano
es nuncio de tu victoria.
Vuelo á gozar de tu gloria,
hermano mio. (*Le abraza.*)

Gonzalo. (*A Abenjabul.*) ¡Es su hermano!

Elvira. ¿Mas Gonzalo dónde está?
¿Vive, vive todavia?
Corramos...

Gonzalo. (*Corriendo á los pies de Elvira.*)
Elvira mia,
¡mírame á tus plantas!

Elvira. (*Recibiéndole en sus brazos y estrechándole en ellos.*)
¡Ah!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. UN CAPITAN.

(*Los soldados van entrando en formacion al rededor de la plaza.*)

Capitan. Vencimos. Entre esas breñas
pocos han quedado vivos,
y esos maldicen cautivos
las castellanas enseñas.

Conde. ¿Y Selim?

Capitan. Herido ó muerto,
cuatro de su guardia fiel
sobre ligero batel
le fian al mar incierto.

Gonzalo. (*A Elvira.*) Huye, apártame de tí.
¿Merezco yo por ventura

tal bondad, tanta ternura?

Elvira. El alma dice que sí.

Gonzalo. De hoy mas la vida consagro
á amarte, y todo mi afan...

Elvira. ¡Oh dicha! ¿Es tu talisman
el que ha obrado ese milagro?

Gonzalo. No, que ha sido inspiracion
del cielo, cuyos enojos
cerrado habian mis ojos
y ofuscado mi razon.—
¿Querrás... aceptar mi mano?

Elvira. Mi corazon te responde.

Gonzalo. ¿Podré daros, señor conde,
el dulce nombre de hermano?

Conde. Si quiere ser vuestra esposa,
no impida yo su placer.

Abenjabul. Y ahora ¿qué piensas hacer
de la pluma prodigiosa?

Gonzalo. ¿Qué haré? Llévela Satan.
(*La suelta y se pierde en el aire.*)
Seré mas feliz sin ella,
que los ojos de mi bella
son mi mejor talisman.

Abenjabul. Ahora sí que has sido cuerdo.—
Mas ¿no la echarás un dia
de menos?

Gonzalo. ¡Ah! no, á fé mia.
Solo de Elvira me acuerdo.

Abenjabul. Pues danzas y regocijos
alegren vuestro himeneo,
que dichas sin fin preveo
para vos y vuestros hijos.

Gonzalo. ¡Qué insana ambicion la mia!

Buitrago. ¡Buscar por tanto andurrial
la piedra filosofal
teniéndola en Almería!
Sin toda esa gerigonza
pudimos, y no es mentira,
casarte tú con Elvira
y enterrarme yo en Aldonza.

Gonzalo. Pero en mi juicio completo
estoy, si antes era loco.

Elvira. Y hemos divertido un poco
al auditorio discreto.

(*Alarde militar al son de una lucida banda, y en seguida baile general entre los soldados y las mugeres de Mesina. Elvira, Gonzalo y el conde presencian la fiesta desde un vistoso tablado. Buitrago, Aldonza y Abenjabul desaparecen entre la multitud.*)

FIN DE LA COMEDIA.